

LAS RELACIONES ENTRE EL KOMINTERN Y EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE (1922-1941)*

RELATIONS BETWEEN THE COMINTERN AND THE COMMUNIST PARTY OF CHILE (1922-1941)

DR. SERGIO GREZ TOSO**

Universidad de Chile
Santiago, Chile

Email: sergiogreztoso@gmail.com
Id-ORCID: 0000-0002-9704-1655

RESUMEN

Este artículo indaga los vínculos entre la Internacional Comunista (Komintern) y el Partido Comunista de Chile (PCCh) desde 1922 hasta 1941 a partir de las siguientes hipótesis. Entre 1927 y 1935 el PCCh sufrió dos rupturas mayores, tanto en los contenidos de su política nacional como en la relación con la Internacional. El primer quiebre, entre 1927 y 1933, significó el paso de una extraordinaria autonomía política a una sujeción prácticamente absoluta a los diferentes órganos komintereanos que, a través de una ruda intromisión trataron de convertirlo en un simple ejecutante de sus decisiones inspiradas por la política de “clase contra clase”. El paso a la política frentepopulista en 1935 permitió al partido chileno mayores

ABSTRACT

This article investigates the links between the Communist International (Comintern) and the Communist Party of Chile from 1922 to 1941 based on the hypotheses set forth below. Between 1927 and 1935 the Communist Party of Chile suffered two major ruptures, both in the contents of its national policy and its relationship with the Communist International. The first break, between 1927 and 1933, marked the transition from extraordinary, political autonomy to practically total subjection to the different Comintern bodies which, through gross interference, attempted to convert the Communist Party of Chile into a simple executor of their decisions which were inspired by the politics of “class against class”. The move to popular front policies in

* Recibido: 28 de diciembre de 2019. Aprobado: 4 de marzo de 2020.

** Texto elaborado en el marco del Proyecto FONDECYT N°1160031 “El Partido Comunista de Chile en la génesis y primera fase del Frente Popular (1935-1941)” de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile (CONICYT). El autor agradece los comentarios de Eugenia Palieraki y Ximena Urtubia Odekerken.

márgenes de autonomía frente a la Internacional Comunista. Aunque la relación con el Komintern se mantendría –en lo esencial– en los términos establecidos a comienzos de la década, los éxitos del partido chileno y el eclipse del Buró Sudamericano (BSA) de la Internacional, permitirían al PCCh un margen de acción algo menos asfixiante por parte de los organismos komintereanos.

Palabras clave: Partido Comunista de Chile; Komintern; clase contra clase; Frente Popular

1935 allowed the Chilean party greater margins of autonomy. Although the relationship with the Comintern would remain –essentially– in the terms established at the beginning of the decade, the successes of the Chilean party and the eclipse of the South American Bureau (BSA) of the Communist International, would allow the Communist Party of Chile room for action somewhat less restricted by the Comintern bodies.

Keywords: Communist Party of Chile; Comintern; Class against Class; Popular Front

Cómo citar: Grez T., Sergio. (2020). “La relaciones entre el Komintern y el Partido Comunista de Chile (1922-1941)”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 24(1), 207-248. DOI: 10.35588/rhsm.v24i1.4303.

1. INTRODUCCIÓN

El juicio vulgar acerca de las relaciones entre la Internacional Comunista (IC) y el Partido Comunista de Chile (PCCh) da por sentada la dependencia total de este partido sudamericano respecto del organismo internacional establecido en Moscú. La historiografía no especializada, fundamentalmente conservadora, ha insinuado a grandes trazos una similar línea interpretativa (Vial 433-464). No obstante, distintas contribuciones historiográficas realizadas durante el último cuarto de siglo han significado importantes avances que han matizado –en ocasiones, incluso cambiado radicalmente– esta visión de los hechos. En particular, cabe destacar los aportes documentales y analíticos de la historiadora Olga Ulianova, los que permitieron determinar con gran seguridad y precisión una notable independencia y autosuficiencia de este partido respecto al Komintern entre 1922 y 1927. Ulianova y otros historiadores trazaron también un panorama general acerca de la brutal intervención de la IC y de su Secretariado Sudamericano (SSA) o Buró Sudamericano a partir de 1930 (BSA) en el PCCh, a través del llamado proceso de “bolchevización”, entre 1927 y 1933, que culminó con la división del partido y el sometimiento de su fracción “oficial” a los dictados de Moscú (Ulianova, “El Partido Comunista” 215-258; Barnard 79-109; Vega 97-169).

Sin embargo, se ha carecido de una obra de síntesis que trace un panorama general de estas relaciones durante las dos primeras décadas de la vida del PCCh. Este artículo se propone, pues, indagar dichos vínculos, desde su fundación en

1922 hasta 1941, año en que se produjo la disolución formal del Frente Popular chileno y la entrada de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial.

Postulamos que, en menos de una década, el PCCh sufrió dos rupturas mayores, tanto en los contenidos de su política nacional como en la relación con la Internacional. El primer quiebre, entre 1927 y 1933, significó el paso de una extraordinaria autonomía política, infrecuente en el movimiento comunista internacional, a una sujeción prácticamente absoluta a los diferentes órganos komintereanos que, a través de una ruda intromisión trataron de convertirlo en un ejecutante de sus decisiones. La imposición por el Komintern sobre “su partido chileno” de la política de “clase contra clase”, marcadamente sectaria y ultraizquierdista, redundaría tanto en el aislamiento del PCCh en el escenario político de su país como en la “satelización” del otrora autosuficiente partido de Recabarren. La segunda ruptura consistió en la súbita sustitución –en menos de un año– de la línea anterior por la de frentes populares antifascistas resultante del brusco giro consumado en el VII Congreso de la Internacional (1935) (Hájek 310-329; Carr 427-451).

2. LOS PRIMEROS CONTACTOS ENTRE LA INTERNACIONAL Y EL PARTIDO CHILENO (1922-1926)

El nacimiento del PCCh constituyó una anomalía en el movimiento comunista internacional, ya que, en casi todos los países, los partidos comunistas surgieron como resultado de la escisión del ala izquierda de los partidos socialistas y socialdemócratas pertenecientes o simpatizantes de la Internacional Socialista (II Internacional). Como es sabido, bajo la influencia de la Revolución de octubre y del bolchevismo estos grupos adhirieron o solicitaron su adhesión a la III Internacional. El caso chileno fue diferente: el Partido Obrero Socialista (POS), fundado por Luis Emilio Recabarren en 1912, no se dividió, se limitó a cambiar su nombre por el de PCCh el 1 de enero de 1922. Todas las estructuras y órganos de prensa del viejo partido pasaron a formar parte de la nueva denominación. Sus cuadros dirigentes apoyaron masivamente la decisión; solo se conocen los casos de dos líderes relevantes (Carlos Alberto Martínez y Enrique Díaz Vera) que se negaron a dar este paso, sin llegar a levantar una organización alternativa al flamante partido que reiteró (como lo venía haciendo el POS desde 1917) su apego a los postulados de los “maximalistas” rusos y de la Internacional creada por Lenin (Grez, *Historia del comunismo* 153-179).

Con todo, durante varios años, los lazos entre el Komintern y el PCCh fueron muy laxos. La documentación de la Internacional revela que, a pesar

de la visión positiva que esta tenía del partido chileno, en América del Sur dio prioridad a la relación con su homólogo argentino (más débil) por carecer de contactos con los comunistas chilenos. A lo que se sumó el poco interés de estos por mantener una relación estrecha y fluida con la Internacional.¹ El PCCh, absorbido por sus tareas nacionales, no informaba de manera directa, oficial ni regular de sus actividades al Komintern, como lo requerían sus encargados de América Latina. Peor aún, para el juicio de los dirigentes komintereanos, los comunistas chilenos, muy seguros de sí mismos, de su inserción social y de sus éxitos políticos, no pedían instrucciones al Komintern ni al Profintern (Internacional Sindical Roja, ISR). Ulianova explica este comportamiento que causaba cierta irritación en los círculos komintereanos y de la ISR porque, si bien los camaradas de Recabarren profesaban una sincera admiración por la Revolución Rusa y valoraban su identificación con un movimiento de tipo internacional, no se apresuraban a reportarse a Moscú donde no conocían a nadie. La Rusia soviética, según Ulianova, era percibida por los comunistas chilenos más como un lugar simbólico que real (“El Partido Comunista” 93-101).

Recabarren estuvo en Rusia a fines de 1922 y comienzos de 1923 participando en el IV Congreso de la Internacional Comunista y en un congreso del Profintern. Aunque su estadía sirvió para estrechar las relaciones entre el partido chileno y el centro moscovita de la Internacional, no alteró mayormente las cosas. El informe presentado en esa ocasión por el líder chileno a sus camaradas del Komintern, fue –como subrayan Olga Ulianova y Alfredo Riquelme– de “orgullo y plena autosuficiencia”, probablemente porque –a diferencia de otros partidos comunistas en formación– los militantes comunistas le aportaban a la Internacional un movimiento ya formado. Pese a que, de regreso a su país, Recabarren proyectó en numerosos artículos de prensa y conferencias una visión positiva de la Rusia Soviética y difundió conceptos como dictadura del proletariado y necesidad del uso de la violencia revolucionaria para el acceso

1 Según Hernán Camarero, el Partido Comunista de Argentina (PCA), desde su ancestro el Partido Socialista Internacional (1918-1920), se preocupó por establecer contactos con grupos militantes de Chile y Uruguay, influyendo en la formación de partidos comunistas, acercándolos a la Internacional Comunista y a la Internacional de Sindicatos Rojos, lo que habría redundado en ganar la confianza del Komintern, base de su futuro rol de dirección subcontinental (Camarero, *Tiempos Rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*). Esta interpretación es compatible con la de Manuel Caballero, quien sostiene que el PCA era el partido comunista más confiable y con vocación de liderazgo en América Latina, puesto que su país podía ser entendido más fácilmente por el Komintern (debido a las formas más cercanas a las de Europa que asumía la lucha de clases) y la comunicación con este centro revolucionario mundial se veía favorecida por la gran cantidad de inmigrantes del Viejo Continente (Caballero 77-78).

al poder, hasta entonces ajenos a la tradición de su partido (Grez, *Historia del comunismo* 254 y 259-266), no es menos cierto que pronto los vínculos entre el PCCh y la Internacional volvieron a ser tan laxos como antes, debido al escaso interés de los dirigentes chilenos por remitir los informes que insistentemente requerían desde Moscú los encargados komintereanos. Estos reaccionaron subiendo el tono de sus reproches y negando la ayuda financiera a los chilenos hasta fines de la década de 1920 (Ulianova, “El Partido Comunista” 102-103). La responsabilidad de estas relaciones tan flojas no recaía solo en el PCCh. El Secretariado Sudamericano del Komintern (SSA), creado en 1925 y hegemonizado por los argentinos, recién empezó a enviar delegados a Chile a partir de 1926 (Ulianova, “Develando un mito” 107-111).

Las contundentes pruebas documentales disponibles desde la apertura de los archivos soviéticos permiten asegurar que –hasta entonces– la relación entre ambas partes se caracterizó por la independencia del PCCh, concentrado por completo en las tareas que le imponía su realidad nacional, con evidente desinterés práctico por vincularse formalmente con la Internacional, concitando una creciente irritación de los dirigentes komintereanos frente a un partido, valorado por su influencia social y política, pero considerado –por su insólito independentismo– como escasamente confiable y poco digno de apoyo del estado mayor de la revolución mundial (Grez, *Historia del comunismo* 257).² De manera congruente con todo lo anterior, este partido fue aceptado solo como organización simpatizante de la III Internacional, no de derecho pleno, ya que, según los criterios de esta última, no cumplía con las veintiún condiciones formuladas por Lenin, especialmente por su insuficiente avance en suplir la organización asamblearia por una de tipo celular y el federalismo por el centralismo democrático.³

2 Los organismos komintereanos sabían que el Partido Comunista de Chile era el más influyente de América del Sur. En una fecha relativamente temprana –mayo de 1926– la revista del SSA, poniendo como ejemplo de internacionalismo proletario la decisión de la FOCH de boicotear las naves inglesas en apoyo a una huelga de los trabajadores de ese país europeo, se refería a la central sindical comunista “como una de las más poderosas de Sud América, si no la más”. Véase: “La Federación Obrera de Chile y la solidaridad con el proletariado inglés”, *La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Aires, no. 4, 30 de mayo de 1926, p. 24.

3 A lo menos, desde mediados de la década de 1920, los medios de prensa y organismos dirigentes del Partido Comunista de Chile venían predicando infructuosamente a su militancia la necesidad de aplicar las resoluciones de la Internacional Comunista sobre la organización en base a células. Véase, a modo de ejemplo, “Como debemos organizar nuestro partido. Hay que suprimir los centros y construir las células” y Salvador Barra Woll, “Nuestro Partido”, *Justicia*, Santiago, 8 de diciembre de 1925; Juan Brown, “Como debemos organizar nuestro partido. Una lección de cosas. El fracaso de la organización por el sistema de los centros”, *Justicia*, Santiago,

3. TOMA DE CONTROL DEL PARTIDO CHILENO POR EL KOMINTERN Y APLICACIÓN DE LA LÍNEA DE “CLASE CONTRA CLASE” (1927-1934)

Poco después de constituirse el SSA, en octubre de 1925, su secretario, el comunista argentino José Penelón (Jeifets y Jeifets América Latina 528-530), envió un informe a Moscú sobre la situación del movimiento obrero chileno y el PCCh, basado, según su autor, en informaciones de prensa y la correspondencia con los chilenos, esto es, sin presencia física de emisarios del SSA en el vecino país. Penelón aprovechó esta misiva para solicitar recursos destinados al envío de una misión a Chile, petición que fue aceptada por la Internacional. De este modo, en 1926 los dirigentes comunistas argentinos Rodolfo Ghioldi y Miguel Contreras, junto al ruso Boris Mijailovic (“Raimond”), experimentado bolchevique de los aparatos de inteligencia del Ejército Rojo y del Departamento de Vínculos Internacionales (OMS) del Komintern, se apersonaron en este país sudamericano en tanto “asesores” de la Internacional con la misión de apoyar la “bolchevización” del PCCh (Ulianova, “Develando un mito” 109-111).⁴ Al término de ese año, de manera convergente con la acción de sus emisarios, el SSA despachó una carta abierta a los miembros del PCCh con motivo del Congreso que estos realizarían pocas semanas más tarde.⁵ En esta misiva, el SSA realizó un breve análisis de la situación política chilena, centrando su mirada en la situación interna del partido y en sus tareas. Reconociendo sus innegables éxitos y fortalezas (notable influencia sobre las masas trabajadoras y el movimiento sindical, triunfos electorales, etc.), con

9 de diciembre de 1925; Manuel A. Silva R., “El Congreso Comunista. Nuestro partido. La acción proletaria y la prensa obrera”, *Justicia*, Santiago, 9 de diciembre de 1925; Maclovio 2º Galdames, “El 7º Congreso del Partido y el mejoramiento de su estructura”, *Justicia*, Santiago, 24 de diciembre de 1925.

- 4 La “bolchevización” era una orientación general, válida para todas las secciones nacionales del Komintern. En agosto de 1926, el SSA dirigió una carta a los partidos comunistas del subcontinente instándolos a adoptar formas de organización compatibles con el modelo ruso preconizado por la Internacional. “A los Partidos Comunistas de Sudamérica. Llamado del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista”, *Justicia*, Santiago, 25 de agosto de 1926. Sobre las trayectorias militantes de Rodolfo Ghioldi y Boris Mijailovic (o Mijailov), véase: Jeifets y Jeifets, *América Latina* 272-274 y 466-467, respectivamente
- 5 “Carta abierta del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. A todos los miembros del Partido Comunista de Chile con motivo del próximo Congreso”, en *La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Aires, n°16, 30 de noviembre de 1926, pp. 3-13. También se encuentra reproducida en Ulianova y Riquelme, *Tomo I* 189-202. Ambos autores precisan que este era un mecanismo utilizado por los organismos komintereanos para saltarse las direcciones de los partidos comunistas, llevando directamente sus planteamientos a su base militante, especialmente en momentos de división o de divergencias entre dichas direcciones y la Internacional.

tono respetuoso y fraternal, el organismo sudamericano de la Internacional reiteró la persistencia de fallas orgánicas como la no organización en base a células, escasa incorporación de nuevos militantes, una base proletaria “absolutamente insuficiente”, falta de ligazón orgánica entre las distintas instancias entre sí, y entre estas y el Comité Central, insuficiencia del aparato del partido, sobre todo en el Comité Central, y la mala distribución del trabajo (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 191). El énfasis estaba puesto en criticar la inveterada confusión existente en el PCCh (desde los tiempos del POS) entre el trabajo del partido y el de las organizaciones sindicales (“relaciones anormales entre el partido y los sindicatos”), así como la falta de fracciones sindicales comunistas, lo que entrañaba el peligro de transformar al PCCh en un *Labour Party*, o quitarle “el papel de estado mayor del movimiento proletario” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 191). Más severa aún, fue la crítica al trabajo parlamentario, señalando “la forma completamente inusitada para un Partido Comunista” cómo se elegían sus candidatos, “haciéndose una lucha electoral en las secciones, después de la cual se votaban los candidatos” (suerte de elecciones primarias internas). También se apostrofó la práctica de algunas secciones y ciertos representantes comunistas que enviaban la parte de su dieta parlamentaria a las secciones donde habían sido elegidos, en vez de hacerlo al Comité Central, como lo establecían los estatutos partidarios, además de la falta de disciplina de algunos parlamentarios comunistas que no aplicaban las resoluciones del Comité Central, tanto en sus votos en la Cámara como en su trabajo extraparlamentario, teniendo como consecuencia un insuficiente control efectivo del Comité Central en la actuación de la fracción parlamentaria comunista. Ello había redundado –sentenció el SSA– “en que la fracción parlamentaria intentaba transformarse objetivamente, en un segundo centro de dirección en el seno del Partido, y en que la fracción parlamentaria se presentaba como la única representación del comunismo ante las masas”. Estos hechos constituían, según la entidad komintereana, una “reagravación del peligro de la transformación del Partido en una organización exclusivamente electoral y supervivencia de las formas de organización reformista” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 192-193).

Aunque en su carta, el SSA reconoció los esfuerzos realizados en los últimos tiempos por el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PCCh a fin de corregir estos errores, comenzando la formación de células de fábrica, normalizando y levantando el trabajo partidario en los sindicatos, reforzando el vínculo de las distintas organizaciones con la dirección nacional, luchando enérgicamente por mantener la disciplina en la fracción parlamentaria, junto con mejorar sus relaciones con las instancias superiores de la Internacional Comunista, entre

otras medidas, recalcó que ante la “creciente amenaza del fascismo y de una dictadura militar”, era necesario que el partido organizara, al lado de su aparato legal, un aparato ilegal que pudiera garantizar, en cualquier circunstancia, la prosecución de la acción comunista (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 193). Sin detallar más el contenido de esta misiva, es preciso señalar que el SSA indicó que el mayor peligro en el seno del PCCh era la desviación reformista, señalando con tono prudente y respetuoso, acciones y concepciones de algunos parlamentarios, en particular de Abraham Quevedo y Manuel Hidalgo (ambos purgados poco después), como expresión concreta del “oportunismo de derecha” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 195-198).⁶

La carta abierta y la llegada a Chile poco antes de los emisarios del Komintern marcaron un punto de inflexión importante en la relación entre la Internacional Comunista y “su partido chileno”. La rápida y dramática evolución política de este país sudamericano en los meses siguientes contribuiría a acentuar y a consolidar este cambio.

En enero de 1927 asistieron como delegados del SSA al VIII Congreso del PCCh los argentinos Rodolfo Ghioldi y Miguel Contreras, además de un misterioso “Vargas” cuya verdadera identidad aún no ha podido ser precisada. Estos emisarios, llegados a Chile con anterioridad, participaron activamente tanto en la preparación del evento (discursos y documentos previos) como en los duros debates que tuvieron lugar durante su desarrollo. Ghioldi, Contreras y “Vargas” fijaron criterios, repartieron anatemas, apoyaron a unos y criticaron a otros, como Manuel Hidalgo, Pedro Reyes y Luis V. Cruz, reforzando las directivas de la carta abierta, e intervinieron en la designación de los nuevos dirigentes. Ghioldi presidió varias sesiones del Congreso y Contreras tuvo también una destacada participación, según testimoniaría Elías Lafertte en sus memorias. Las medidas dictadas por el SSA a fin de profundizar la “bolchevización” del partido chileno apenas esbozada hasta entonces, fueron aprobadas (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 203-206; Lafertte 184-188).⁷

6 Una reacción crítica pública frente a la carta del SSA fue la de Francisco Prado, exdirector del periódico antofagastino *El Comunista*, “Inconveniencias que a mi juicio producirá la aplicación inmediata de la bolchevización al P.C.Ch”, *Justicia*, Santiago, 11 de diciembre de 1926.

7 Lafertte solo menciona a Ghioldi y Contreras. A este último lo identifica como miembro “del Secretariado de la Internacional Comunista en Buenos Aires”, aseverando que “estaba muy lejos de lo que muchos creen o dicen creer, un inspector. No, la Internacional Comunista no mandaba inspectores, sino camaradas, amigos” (Lafertte 187). Parece casi innecesario señalar que la apertura de los archivos soviéticos y la abundante producción historiográfica derivada del acceso a estas nuevas fuentes echaron por tierra definitivamente afirmaciones como la citada. También es preciso agregar que, casi siempre, los emisarios de la Internacional Comunista a Chile fueron

Lo ocurrido desde fines de 1926 revela que las relaciones entre el PCCh y el SSA ya eran bastante estrechas, y que este último organismo se entrometía sin disimulo en los asuntos internos del partido chileno. El VIII Congreso puede considerarse como el preámbulo de la subordinación del partido comunista más influyente de Sudamérica a la entidad komintereana. La dramática evolución de los acontecimientos en Chile durante las semanas inmediatamente posteriores ayudaría a profundizar este fenómeno.

A fines de febrero de 1927, el hombre fuerte de la política chilena desde mediados de esa década, el coronel Carlos Ibáñez del Campo, desató una fuerte represión contra el movimiento obrero clasista, comunistas, anarquistas y algunos políticos burgueses, instalando una dictadura de carácter reformista con fuertes rasgos de populismo y cesarismo. Miles de trabajadores fueron apresados, centenares de activistas fueron relegados en islas o en puntos alejados del centro del país. El PCCh fue declarado ilegal y, sorprendentemente, la mayoría de sus parlamentarios —un senador y cuatro diputados— declararon su intención de colaborar con la “obra de depuración” encabezada por Ibáñez.⁸ Algunos connotados líderes anarcosindicalistas, amén de políticos de todos los partidos burgueses, asumieron una actitud de similar adhesión al nuevo régimen que prometía un saneamiento nacional. El PCCh, al igual que los anarquistas y anarcosindicalistas que no capitularon ante el tirano, fue objeto de una dura represión por el régimen dictatorial que se extendería hasta julio de 1931. Sus principales dirigentes fueron apresados, relegados o exiliados; sus imprentas y sedes fueron allanadas; sus bienes fueron secuestrados por el Estado; la Federación Obrera de Chile (FOCH), brazo sindical del PCCh, sufrió embates similares. No obstante esta implacable política, Ibáñez practicó simultáneamente una estrategia de seducción y pequeñas concesiones en dirección del movimiento obrero y de los sectores populares: estimuló el desarrollo del sindicalismo legal y fue tolerante con quienes aceptaran las disposiciones de la legislación social que procuró reunir en el Código del Trabajo (1931). Tan solo ante las promesas de “buen comportamiento” autorizó el funcionamiento de organizaciones

presentados en las memorias de los dirigentes comunistas chilenos como cuadros del Partido Comunista argentino (Codovilla, Ghioldi, González Alberdi), del Partido Comunista del Perú (Ravines) u otros partidos hermanos, rara vez como emisarios del SSA, del BSA y menos aún como enviados directos del Lender Latinoamericano del Komintern (Contreras 47 y 70; Corvalán 40-41).

- 8 Véase los argumentos de dos de los parlamentarios comunistas pasados al ibañismo en Pedro Reyes y Juan Luis Carmona, “Nuestra explicación a los comunistas del país”, *La Nación*, Santiago, 9 de marzo de 1927.

sindicales que habían desarrollado hasta entonces una orientación clasista y combativa, llegando incluso a permitir que, a cambio de compromisos similares, los diputados comunistas volvieran a ocupar sus puestos en el Congreso Nacional (Rojas).

Todo esto contribuyó a sembrar más confusión y divisiones en las organizaciones sociales y políticas populares, incluyendo el PCCh. Producto de los golpes represivos, de las deserciones y de sus divisiones internas, el que fuera hasta comienzos de 1927 el principal partido comunista de América del Sur fue reducido a unas cuantas decenas de militantes activos, actuando en estructuras con escaso o nulo vínculo entre sí o con la dirección superior. A la defección de la mayoría de sus parlamentarios, pronto se añadieron nuevas tensiones producto de las diferentes posiciones respecto de la táctica a desarrollar para enfrentar la dictadura. Los vínculos con la Internacional quedaron sujetos, casi exclusivamente, a la relación con el SSA a través de los emisarios que este enviaba a Chile, debido a la imposibilidad de la mayoría de los dirigentes del Partido Comunista chileno de viajar fuera del territorio nacional. En la primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada entre el 1 y el 12 de junio de 1929 en Buenos Aires, a la que concurrieron treinta y ocho delegados directos de los partidos comunistas de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela, además de representantes de la Internacional Comunista, de la Internacional Juvenil Comunista, de los partidos comunistas de Estados Unidos y de Francia, del SSA y del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista, el PCCh no estuvo representado directamente.⁹

Esta Conferencia representó un esfuerzo por aunar las fuerzas comunistas latinoamericanas bajo hegemonía estalinista en torno a la política de “clase contra clase”, aplicada desde fines de 1927 y proclamada oficialmente por el VI Congreso de la Internacional Comunista, reunido en julio-agosto de 1928. Según los nuevos análisis del Komintern, se había abierto un “tercer período” de desarrollo económico capitalista luego del término de la Primera Guerra Mundial cuyas principales características serían graves crisis económicas, radicalización de las masas trabajadoras, agudización de las luchas de clases

9 *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Junio de 1929*, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1929; *Diario de Paulino González Alberdi*, p. 93, inédito, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDinci), Buenos Aires, Argentina.

y guerras imperialistas que conducirían a una agresión militar imperialista a la Unión Soviética. En este contexto, el colapso definitivo del capitalismo aparecía como una posibilidad real. Los partidos comunistas debían esforzarse por alcanzar la hegemonía en el movimiento obrero de sus países, descartando la colaboración y los pactos con los jefes socialdemócratas y reformistas, quienes, ante una situación revolucionaria, revelarían su carácter de servidores del capitalismo y de “socialfascistas”. La táctica derivada de estos análisis fue la del “frente unido desde abajo”, con exclusión absoluta del “frente unido por arriba” con los líderes reformistas y socialdemócratas (Hájeck 208-209; Ulianova, “Cuando los archivos” 48-51).¹⁰ La línea de “clase contra clase” resultante de los análisis del “tercer período” se expresó en la tesis sobre el “socialfascismo”; la definición del ala izquierda de la socialdemocracia como más peligrosa que la derecha, incluso que el fascismo; la concepción del frente único solo como colaboración individual con obreros socialistas o, a lo sumo, con algunos grupos de base; el rechazo sistemático de todas las propuestas de las cúpulas socialdemócratas y, excepcionalmente, la conclusión de acuerdos con sus organizaciones de base. De este modo, se descartaba de hecho cualquier posibilidad de desarrollar un frente único proletario contra las ofensivas capitalistas. Ni siquiera permitía la conclusión de alianzas tácticas con socialistas o reformistas para frenar el avance del nazismo y del fascismo. El “frente único” era solo una táctica que apuntaba a separar a los obreros socialdemócratas, “equivocados de buena fe”, de sus líderes (Kriegel 96; Grez, “Gran viraje” 328).

Como sostiene Hernán Camarero, en América Latina la nueva estrategia impuso una línea aislacionista y hostil a todas las corrientes políticas. Fuerzas como el alessandrismo chileno, el aprismo peruano, el batllismo uruguayo o la Alianza Liberal y el movimiento de Prestes de Brasil (con el que el Partido Comunista de Brasil llegaría luego a acuerdos) fueron caracterizados como nacional-fascistas. En la Argentina, lo fue el radicalismo de Hipólito Yrigoyen (quien ejerció su segunda presidencia entre 1928-1930), en tanto que los gobiernos de los generales José F. Uriburu (1930-1932) y Agustín P. Justo (1932-1938) fueron motejados de dictaduras reaccionarias y fascistas (Camarero, “El Partido Comunista”).

10 La expresión teórica de esta política en el plano sindical se encuentra en las *Tesis y resoluciones del V Congreso de la I.S.R., Moscú, septiembre de 1930*, Paris, Maison des Syndicats, Pequeña Biblioteca de la Internacional Sindical Roja.

En el contexto de extrema debilidad del PCCh y de inicio de la aplicación de la política de “clase contra clase”, se produjo una enérgica intervención del Komintern, principalmente a través del SSA, sobre “su partido chileno”.

Pocos meses después del golpe de Ibáñez, la Internacional Comunista comenzó a remitir –por primera vez– ayuda financiera a la colectividad que intentaba sobrevivir en la clandestinidad y a algunos de sus militantes desterrados. Los comunistas chilenos exiliados en México, por su parte, tomaron contacto directo con las instancias dirigentes de la Internacional, enviando a Moscú uno de los suyos, Rufino Rosas, exdirector de Justicia, órgano oficial del partido. Rosas habría sido el primer comunista chileno que visitó la Unión Soviética después de Recabarren en 1922-1923. Durante su estadía en la Unión Soviética –entre noviembre de 1927 y abril de 1928– formó parte de los extranjeros invitados de honor a las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución Bolchevique que participó en el Congreso de los Amigos de la URSS (1927), en la Conferencia Sindical Latinoamericana organizada por el Profintern en los últimos días del mismo año y a comienzos de 1928. Presentó informes al Lender-Secretariado Latino de la Internacional y a la comisión Latinoamericana de la ISR. Al parecer, no fue recibido por los máximos dirigentes de la Internacional sino por los encargados del trabajo latinoamericano, siendo el más importante de ellos Boris Vasiliev, a la vez integrante del Lender-Secretariado Latinoamericano y jefe del Departamento Organizativo del Komintern, quien lo recomendó para ser enviado a los cursos breves de formación política de la Escuela Internacional Lenin (Ulianova, “El Partido Comunista” 228-230). Rosas también fue el primer chileno que participó en esta escuela, integrando un grupo de ocho latinoamericanos (entre ellos el peruano Eudocio Ravines) y un estadounidense, John Zack (“Kass”), quien ulteriormente desempeñaría un rol importante en la creación de los partidos comunistas de Colombia y Venezuela. Al año siguiente, 1928, tres militantes más venidos desde América Latina engrosarían este contingente, el primer grupo “verdadero” de latinoamericanos –en el decir de Víctor y Lazar Jeifets– que participó en esta escuela de cuadros (Jeifets y Jeifets, “La Comintern” 137-138). Por intermedio de Rosas, la dirección del PCCh demandó auxilio financiero a la Internacional Comunista, el que, a diferencia de peticiones anteriores, fue rápidamente concedido (Ulianova, “El Partido Comunista” 229-230). Lo más novedoso de la carta en que este dirigente formuló su petición, fue la demanda de directivas para el trabajo futuro de su organización, cuestión hasta entonces inédita en el partido chileno. Ulianova sostiene que esta sorprendente actitud era el reflejo de “la interiorización de la autopercepción de ser parte de un partido mundial, así como de la jerarquía

de autoridad y prestigio dentro de la Internacional” (Ulianova, “El Partido Comunista” 230).

La estadía de Rosas en la Unión Soviética sirvió para reforzar –o coincidió con– un mayor interés de la Internacional Comunista por su partido más lejano. A pedido suyo, a fines de abril, el suizo Jules Humbert-Droz, miembro del presidium del CE del Komintern, encargado de los países latinos (Jeifets y Jeifets, *América Latina* 329-332), entregó un proyecto de carta del CE de la Internacional al PCCh, en la que se aprobó la línea acordada por su congreso de comienzos de 1927 y las recomendaciones formuladas por el SSA. Esta carta puso término a la discusión de la “cuestión chilena” en la sede central de la Internacional Comunista y el tratamiento de este tema fue transferido al SSA con sede en Buenos Aires (Ulianova, “El Partido Comunista” 232-233).

Una reunión del SSA celebrada en esta ciudad el 19 de julio de 1928, con la participación de “Muñoz”, seudónimo de un dirigente del PCCh no identificado hasta ahora que se encontraba de paso hacia Moscú, marcó un hito importante en el proceso de control total del partido chileno por el organismo komintereano sudamericano. En esta reunión, presidida por el ítalo-argentino Vittorio Codovilla, dirigente del Partido Comunista de Argentina (PCA) y del SSA (Jeifets y Jeifets, *América Latina* 155-159), “Muñoz” formuló fuertes críticas contra varios de sus camaradas de la dirección del PCCh, especialmente contra Carlos Contreras Labarca, y expuso posiciones particularmente duras, reacias a todo entendimiento –así fuese meramente circunstancial– con opositores burgueses a la dictadura, presentando un cuadro de derrota y desorganización total de su partido. Su exposición fue aprovechada por Codovilla y otros encargados del SSA para condicionar la ayuda económica solicitada por el PCCh a su reorganización bajo la tutela del SSA. Transcurridos algunos meses, durante los cuales otros chilenos fueron a reunirse con los responsables de la oficina de Buenos Aires, aprovechando su paso de regreso a Chile, los responsables del SSA –entre los cuales se encontraba el soviético Zinovi Rabinovich (“Pierre”) (Jeifets y Jeifets, *América Latina* 569-570) – llenaron de instrucciones a “Muñoz”. Poco después, entre fines de 1928 y comienzos de 1929, se regulariza una modesta ayuda del SSA de US\$100 mensuales al PCCh, muy inferior a la otorgada a los partidos comunistas de Brasil, Argentina y Uruguay (Ulianova, “El Partido Comunista” 233-237).

La llegada de Codovilla a Chile en febrero de 1929 como encargado del SSA, cambió la dinámica de las luchas al interior del partido chileno. Este dirigente y los emisarios que le sucedieron intervinieron sin disimulo en las pugnas internas de la organización “hermana”, valiéndose de la autoridad moral

y política que les confería su papel de representantes del centro revolucionario mundial, y con recursos financieros que el debilitado partido trasandino estaba imposibilitado de conseguir por sus propios medios. Primero, polemizaron con quienes sostenían posiciones discrepantes a las del SSA/BSA. Luego, realizaron trabajo fraccional contactando directamente a militantes y organizaciones de base, sin autorización de los organismos dirigentes del PCCh, elaboraron y distribuyeron documentos, repartieron recursos para apoyar a quienes se sometían a sus indicaciones, cooptaron a militantes “seguros” para cargos de dirección, desprestigiaron a sus opositores y montaron en Valparaíso un Comité Central paralelo al que funcionaba en Santiago, a fin de sustraer a sus miembros de la influencia que sobre ellos podía ejercer el senador Manuel Hidalgo, líder veterano, criticado desde 1926 por sus “desviaciones de derecha” por los encargados del SSA (Ulianova, “El PC chileno” 419-434; “Develando un mito” 108-118).

La negativa de Hidalgo a aceptar la subordinación vertical al SSA y la reticencia de su grupo, constituido en Comité Central Provisorio (CCP) en 1929 luego de la detención de un anterior Comité Central (CC), a asumir las orientaciones del “tercer período” adoptadas por la conferencia de partidos comunistas latinoamericanos realizada en Buenos Aires a comienzos de junio de 1929, exacerbó las contradicciones con el organismo komintereano asentado en la capital argentina y en el propio PCCh, provocando poco tiempo después una división en su seno que sería definitiva.¹¹ A fines de 1929 arribó a Chile otro delegado del SSA con la misión de anular al Comité Central Provisorio y combatir su proyecto de creación de un partido legal como instrumento táctico en la lucha contra la dictadura. En enero de 1930 se realizó una “conferencia restringida” con participación directa del SSA en la que se criticaron los “errores políticos del partido”, especialmente las propuestas de quienes postulaban la organización de un partido legal, paralelo al aparato clandestino, a fin de hacer frente a la dictadura, así como también el tipo de trabajo realizado al interior de los sindicatos legales (“fascistas”) y la labor parlamentaria bajo las nuevas condiciones.¹² Pocos meses más tarde, en agosto del mismo año, cuando la

11 Las tesis derivadas de los análisis del “tercer período” para América Latina se encuentran expuestas detalladamente en “La importancia de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana” y “Resolución de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, sobre la situación internacional, de Latino América y los peligros de guerra” y “Resolución sobre la táctica de los partidos comunistas en América Latina”, en *La Correspondencia Sudamericana*, N°15, Buenos Aires, agosto de 1929, pp. 1-8, 9-14 y 15-47, respectivamente.

12 “El Partido Comunista chileno realizó una importante conferencia nacional”, en *Revista Comunista*, no. 2 y 3, Montevideo, enero-febrero de 1931, pp. 52-57.

mayoría de los miembros del Comité Central Provisorio “hidalguista” se encontraba sufriendo penas de relegación, se constituyó en Valparaíso el Comité Central bajo la dirección del SSA.¹³

Los puentes entre ambas fracciones estaban definitivamente cortados. Dos partidos comunistas, ambos denominados de igual modo –PCCh (sección chilena de la Internacional Comunista)– se disputarían la militancia y la legitimidad del comunismo. No obstante, hasta comienzos de 1933, los hidalguistas, cada vez más identificados con las ideas de la oposición de izquierda que en el ámbito internacional se venían articulando en el seno del movimiento comunista en resistencia al poder de Stalin en la Unión Soviética y en la Internacional, seguirían proponiendo la realización de un congreso de reunificación a la fracción leal al SSA/BSA, que encabezaban Elías Lafertte, Galo González, Carlos Contreras Labarca y Paulino González Alberdi, español nacionalizado argentino que actuaba como enviado del BSA en “su partido chileno” (Ulianova, “El Partido Comunista” 419-434; Vega 97-169; Jelfets y Jelfets, *América Latina* 287-288).

Las principales manifestaciones de la política de “clase contra clase” impuesta por el SSA/BSA al PCCh fueron la negativa a concluir alianzas tácticas con opositores burgueses a la dictadura de Ibáñez,¹⁴ el rechazo a cualquier posibilidad de entendimiento con los sindicalistas y políticos reformistas; la insistencia en que la unidad sindical se debía realizar exclusivamente por la base, con exclusión de todo acuerdo con los líderes reformistas y “legalistas”; la oposición sin matices a la legislación social y al sindicalismo legal, y la consecuente insistencia en que la unidad de los trabajadores debía concretarse ingresando a la FOCH y al PCCh,¹⁵ además de cierta inclinación por parte de

13 En junio de 1930, el BSA ratificó públicamente su condena a la propuesta hidalguista de creación de un partido legal como medida táctica para enfrentar a la dictadura. A través de su órgano publicado en Buenos Aires, al dar a conocer las resoluciones de su plenum ampliado realizado en mayo, lo expresó tajantemente: “Deben ser combatidas también como tendencias liquidacionistas, como traición abierta a la causa del proletariado, las tentativas de liquidar los partidos comunistas ilegales, dada la reacción, y organizar ‘partidos legales’, prácticamente partidos policiales (Chile)”. “Las tareas actuales de los P.C. de América Latina. Tesis política”, en *La Correspondencia Sudamericana*, Número Extraordinario, Buenos Aires, junio de 1930, p. 10.

14 “La situación chilena”, en *La Correspondencia Sudamericana*, no. 11, Buenos Aires, 5 de mayo de 1929, pp. 1-6.

15 Siguiendo los análisis del “tercer período”, en junio de 1929, la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana fijó como tareas a los comunistas chilenos “utilizar todas las posibilidades del trabajo legal para fortalecer la organización ilegal tanto del Partido como de la FOCH” e “infiltrarse en los sindicatos legales para disgregarlos”. *El movimiento revolucionario latinoamericano...*, op. cit., p. 106. Esta orientación había sido anunciada previamente a través del órgano komintereano para Sudamérica editado en Buenos Aires, “La situación chilena”, en *La Correspondencia Sudamericana*, no. 11, Buenos Aires, 5 de mayo de 1929, p. 6.

algunos dirigentes y militantes de base por acciones de tipo insurreccional como el amotinamiento de la marinería (1931), la “Pascua Trágica” de Copiapó y Vallenar (1931), y el levantamiento campesino-mapuche de Ranquil en 1934, que el Comité Central rechazaría calificándolas como desviaciones de izquierda, “putchistas” y “aventureras”.¹⁶

Según el historiador británico Andrew Barnard, las políticas del “tercer período” chocaron con los esfuerzos de Hidalgo para organizar un frente unido con los opositores burgueses a Ibáñez. El rechazo de este dirigente a aceptar las nuevas orientaciones y las órdenes del SSA, entre ellas abandonar su puesto en el Senado para consagrarse a la lucha frontal contra la dictadura y trabajar por la destrucción de los sindicatos legales, más que el reformismo y el colaboracionismo del que fue acusado, habría sido la causa de su expulsión por la facción rival que apoyaba el organismo komintereano. Su intransigencia, poco después de que el PCCh hubiese sido aceptado como miembro de pleno derecho de la Internacional Comunista (1928), durante un período en que este organismo intentaba acabar con Trotsky y pretendía imponer un grado mayor de uniformidad sobre sus secciones latinoamericanas, no podía quedar impune. Expulsado Hidalgo, el SSA generó un liderazgo dentro del PCCh que le debía por completo su posición y que, por lo mismo, sería totalmente dócil. Al impulsar la exclusión del senador, el SSA repetía en este partido latinoamericano la experiencia de la Internacional Comunista por medio de la purga de una figura de un estatus semejante al de Trotsky, proporcionando a sus dirigentes un chivo expiatorio a quien inculpar por sus errores y fracasos (Barnard 83-89).

Sin dejar de considerar la negativa de Hidalgo y su grupo a subordinarse de manera incondicional a la verticalidad del mando que pretendía imponer en “su partido chileno” el SSA, además del choque de personalidades y de estilos de trabajo –autoritario y verticalista del organismo komintereano, frente a una tendencia más proclive al diálogo, la negociación y el arreglo consensuado de los hidalguistas, al modo de la tradición recabarreana– es innegable que la división del PCCh a comienzos de la década de 1930 puede explicarse, en lo fundamental, por los efectos de las políticas sectarias derivadas de los análisis del “tercer período”. Ello se ve confirmado por numerosas fuentes comunistas, incluso por voz del propio Vittorio Codovilla, quien el 9 de agosto de 1929 en una reunión del SSA con “Socio” delegado del PCCh,¹⁷ al referirse

16 Sobre el levantamiento campesino de Ranquil y sus vínculos con el Partido Comunista de Chile, véase: Palacios; Flores; Ulianova, “Ránquil” 413-453; Leiva.

17 Identificado en otros documentos komintereanos como “Espinoza, obrero agrícola” (Ulianova y Riquelme, *Tomo I* 401).

a Hidalgo, luego de calificarlo como “confusionista”, señaló que su política tendía a “luchar contra el gobierno nacional-fascista de Carlos Ibáñez, no por un gobierno obrero y campesino, sino que apoyado en la pequeña burguesía y ciertas capas de la burguesía descontentas del régimen actual, para establecer un régimen democrático liberal” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 1* 403). Nuestra percepción es coincidente con la de Olga Ulianova, quien sostuvo que las diferencias ideológicas de Hidalgo con el SSA se basaban en su oposición, “más intuitiva, aunque fundamentada teóricamente”, a las posiciones sectarias de la política de “clase contra clase”, agregando que “a diferencia de situaciones anteriores de divergencias de opiniones en el seno del PCCh, esta vez el conflicto desembocó en una primera oleada de purgas y defenestraciones doctrinarias, debido a la intervención del órgano sudamericano del Komintern” (Ulianova, “El Partido Comunista” 256).

De este modo, luego de la caída de la dictadura de Ibáñez (fines de julio de 1931) emergieron a la luz pública dos organizaciones que reivindicaban para sí el nombre y la tradición del PCCh (sección chilena de la Internacional Comunista), una liderada por Elías Lafertte, Carlos Contreras Labarca y Galo González, sujeta a la orientación directa del BSA a través de su emisario Paulino González Alberdi y otra, “de oposición”, encabezada por Manuel Hidalgo, muchos de cuyos miembros evolucionarían posteriormente hacia el trotskismo. El PCCh “oficial”, apadrinado por el BSA, fue férreamente dirigido por González Alberdi y por los emisarios komintereanos que le sucederían en los años inmediatamente posteriores. El 5 de agosto, González Alberdi escribió una carta a la Comisión Sindical Latinoamericana dependiente de la ISR, informando en detalle de los acontecimientos acaecidos en Chile.¹⁸ Junto con asegurar que los viejos líderes comunistas chilenos que volvían del exilio y Carlos Contreras Labarca, a pesar de estar “con el partido”, no daban aún garantías, el delegado del BSA fijó siete tareas urgentes, siendo la primera de ellas la proclamación de un candidato presidencial que, a su juicio, debía ser Elías Lafertte (Ulianova y Riquelme, *Tomo 2* 60-61). El 9 de agosto, el Comité Central de su fracción adoptó la decisión propuesta por González Alberdi.¹⁹ Por su parte, el sector disidente levantó a Hidalgo como su abanderado presidencial, lo que rubricó la división del PCCh, manteniéndose hasta marzo de 1933 la competencia entre las dos fracciones que reivindicaban

18 Este organismo, al igual que el BSA, se había radicado en Montevideo luego del golpe de Estado ocurrido en Argentina en septiembre de 1930.

19 “Comunistas proclamaron candidato a presidente”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de agosto de 1931.

el mismo nombre, momento en el que los contestatarios a la intervención del BSA adoptaron la denominación de Izquierda Comunista.²⁰

La labor de González Alberdi en Chile (poco más de un año, desde comienzos de 1931 hasta comienzos del segundo trimestre de 1932) es ilustrativa del nuevo tipo de relación existente entre el PCCh y la Internacional Comunista personificada, “en cuerpo presente”, a través de los emisarios del BSA y del Profintern, presentados como delegados de su organismo “amplio”, la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA). El hispano-argentino puso especial énfasis en la “política de cuadros” del partido chileno (selección de personas para sus organismos dirigentes y estructuración organizacional en base a células), redacción o aprobación de todos sus documentos oficiales de acuerdo con su propia interpretación de la línea de la Internacional, además del ejercicio de la labor de instructor político mediante charlas y cursos de marxismo. Características similares –aunque con algunos matices, probablemente determinados por sus rasgos de personalidad– tuvieron las misiones desarrolladas en este país por sus sucesores, Carlos Dujovne, argentino de origen judío-ruso, llegado a Chile a comienzos de 1932, y el polaco (de ciudadanía soviética) “Yakov Marianski” (“M”), cuyo verdadero nombre era Jacob Dutlinsky, que residió por la misma época en tanto delegado del Profintern. Ambos manifestaron mayor independencia e interpretación propia de la línea komintereana, cuestión que los hizo entrar en conflicto con el BSA, en particular con el judío-polaco “Abram Guralski” (cuyo verdadero nombre era Abraham Yakovlevich Jeifets) en el caso del emisario de la ISR. De perfiles más bajos fueron las actuaciones en Chile durante el período de “clase contra clase” de los delegados de la Internacional Comunista de la Juventud (KIM), en particular, del uruguayo Luis Alberto Fierro (“Horacio”), quien se asentó en este país entre 1933 y comienzos de 1935, u otros como “Pierre”, “Alfredo Torres” o “César”, que pasaron brevemente por el país, limitándose a enviar informes sin formular críticas muy ácidas a los comunistas chilenos ni abrir polémicas con los encargados de los organismos komintereanos (Ulianova, “Develando un mito” 118-123; “Crisis e ilusión” 277-322; Jeifets y Jeifets, *América Latina* 200-201, 423-424 y 311-313).

Cabe destacar, que durante el segundo semestre de 1931 se operó un cambio en la relación en la valoración del BSA respecto del PCCh. La sustitución en la dirección del BSA de Codovilla –siempre crítico de sus camaradas

20 Los resultados de ambos postulantes fueron paupérrimos: Lafertte: 0,86% e Hidalgo: 0,44%. Un análisis de la competencia entre dos candidaturas comunistas rivales en las elecciones presidenciales de 1931 en Grez, “Un episodio” 465-503.

chilenos— por Guralski, más algunos hechos como la caída del dictador Ibáñez y, sobre todo, la insurrección de la marinería en septiembre, acontecimiento completamente ajeno al accionar del PCCh, pero que intentó ser aprovechado por este, estimuló el imaginario insurreccional característico de las políticas derivadas de los análisis del “tercer período”, tanto de comunistas chilenos como de los encargados komintereanos. El partido de Elías Lafertte y Carlos Contreras Labarca dejó de ser una suerte de “pariente pobre” de la Internacional para empezar a ocupar progresivamente mayor importancia y atención por parte de su organismo sudamericano. Un primer reflejo de ello fueron las extensas *Tesis del Buró Sudamericano de la Internacional Comunista sobre las grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno*, publicadas en diciembre del mismo año, documento en el que el PCCh vuelve a ser valorado como uno de los partidos comunistas latinoamericanos más importantes.²¹ Las Tesis sobre Chile del BSA —bien documentadas e inspiradas en los lineamientos del “tercer período”— eran el reflejo del estrechamiento de relaciones entre el Komintern y el PCCh que se venía produciendo desde 1930 a través del envío de representantes permanentes del BSA a Chile y los frecuentes viajes de dirigentes chilenos a la sede de este organismo, además de algunas visitas ocasionales de estos últimos a la Unión Soviética. Lafertte, uno de los principales dirigentes del partido en pleno proceso de “bolchevización”, hizo su primera estadía en el “país de los soviets” entre noviembre de 1931 y febrero de 1932 en tanto invitado oficial del Profintern (Lafertte 236-240).

El mejoramiento parcial de la apreciación del partido chileno no significó el término de las duras críticas del BSA a los comunistas chilenos y a sus propios “instructores” —“C” y “M”— enviados a asesorar a los primeros. Así, luego de la efímera “República Socialista” de junio de 1932, se les acusó de alentar falsas ilusiones, de no comprender el “contenido de clase” del “golpe de Dávila-Grove” y de no haber considerado ni puesto en aplicación las apreciaciones e instrucciones precisas del BSA sobre esta coyuntura. Al PCCh se le culpó de “no comprender aún la línea del BSA y del Komintern, de no poseer una real base obrera, y de no luchar suficientemente contra las distintas desviaciones. Como corolario, “Díaz”, cabecilla de las críticas junto a “Lucía”, despachó sus propios emisarios a Chile, en representación del BSA y de la “juventud”, en paralelo con los representantes del CSLA que ya estaban en este país. Como precisa Ulianova,

21 *Las grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno. Tesis del Buró Sudamericano de la Internacional Comunista*, Santiago, Editorial Marx-Lenin, 1932. Véase también, Ulianova y Riquelme, *Tomo 2* 114-144.

la situación del PCCh se convirtió, cada vez más, en el escenario donde se ventilaban las rivalidades internas en el aparato komintereano encargado de América Latina, incluyendo la vigilancia de unos sobre otros. De este modo, los enviados “del BSA y de la juventud” debían informar a su jefe sobre las actividades de los delegados de otra estructura komintereana. Rivalidades que superaban el marco de la escena continental, puesto que se remitían, en última instancia, al enfrentamiento soterrado entre la dirección del BSA y el encargado del Lender-Secretariado Latinoamericano en Moscú, Gueorgui Sinani (Ulianova, “Entre el auge” 69-75).

Durante 1932-1933 la intervención y crítica del BSA sobre el PCCh fue *in crescendo*. Los acontecimientos que se habían sucedido en Chile desde la caída de Ibáñez eran percibidos por este organismo komintereano como expresiones máximas del movimiento revolucionario en la región, razón por la cual la “discusión sobre Chile” adquirió gran importancia al interior de las estructuras de la Internacional encargadas de América Latina. La Conferencia de partidos comunistas de Argentina, Uruguay y Chile, realizada pocos meses después de la efímera “República Socialista”, analizó de manera severa las “fallas y debilidades” del PCCh y de la FOCH frente a estos acontecimientos, fijando nuevas tareas para corregir sus “errores” e insuficiencias.²² Como el PCCh, a pesar de su docilidad al Komintern, no cumplía al pie de la letra las instrucciones del BSA, a principios de 1933, este procedió a intervenir su dirección. De diecisiete participantes en la reunión de la Comisión Política del PCCh realizada el 6 de enero de 1933, a lo menos cinco representaban al BSA. Las duras críticas al partido chileno versaban sobre los más diversos aspectos: organización; pretensiones de las células y comités regionales de tratar los asuntos políticos, en circunstancias que “debían limitarse a ser organismos de ejecución de las órdenes”; falta de ligazón con las masas, entre otras. El cuadro presentado era el de un partido socialdemócrata, y las fallas eran atribuidas –como de costumbre– a la organización impropia de un partido comunista (Ulianova, “Entre el auge” 75-77).

Con sus delegados interviniendo el órgano superior del PCCh, el BSA preparó la Conferencia Nacional de julio de 1933, ocasión en la que se saldaron las cuentas con el “recabarrenismo”, esto es, con las concepciones, procedimientos, formas de organización y cultura política que habían caracterizado al partido en los tiempos de Recabarren y en los años inmediatamente posteriores a su muerte. A pesar de su resistencia a desligarse de su fundador, el PCCh terminó plegándose

22 “Editorial”, en *Revista Comunista*, no. 1, Montevideo, octubre de 1932, pp. 2-9. Véase también en el mismo número de esta revista, F. Gomara, “Los sucesos de Chile”, pp. 133-144.

al dictado del BSA, renegando de la herencia de Recabarren, presentado en el paroxismo de las políticas del “tercer período”, como un hombre honesto, pero equivocado.²³ El golpe moral a los viejos camaradas del precursor del partido fue tremendo. Uno de los párrafos de las resoluciones de esta conferencia ilustra la magnitud del ataque del BSA al líder comunista chileno más venerado y a sus concepciones políticas:

La ideología de Recabarren es la herencia que el partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro; pero sus concepciones sobre el patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido, etc. son, al presente, una seria traba para cumplir nuestra misión. ¡Hagamos una fuerte lucha en el seno del partido por la teoría revolucionaria, por la teoría del proletariado, por el marxismo-leninismo! ¡Luchemos porque los ideólogos del P. sean Marx y Lenin! (*Hacia la formación 5*)

Culminando esta operación, el BSA oficializó la línea de la Conferencia extraordinaria de julio mediante el envío de una carta de aprobación de sus acuerdos en la que insistió en todos y cada uno de los puntos impuestos al partido chileno, comprometiéndose a apoyarlo en la “capacitación marxista-leninista” de sus cuadros.²⁴ Nunca el control de la sección chilena de la Internacional Comunista por su oficina sudamericana había sido tan férreo.

Hasta comienzos de 1935, las relaciones entre el PCCh, el BSA y el Lender Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista con sede en Moscú no sufrieron más cambios que los ya señalados. El partido chileno siguió intervenido y sacudido episódicamente por los avatares de la lucha de competencias –a veces soterrada, otras más abierta– entre el Lender Secretariado Latinoamericano y el BSA. El PCCh había pasado de una notable y poco corriente autonomía en el seno del movimiento comunista internacional a un marcado nivel de dependencia política, ideológica y orgánica respecto del Komintern, siendo dirigido *in situ* por los delegados del BSA, quienes se aseguraban –mediante

23 *Hacia la formación de un partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Comunista, realizada en julio de 1933*, Santiago, 1933. Véase, además, Ulianova, “Entre el auge” 75-81.

24 “Carta del B.S.A. que aprueba las resoluciones de la Conferencia”, en *Hacia la formación de un partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Comunista, realizada en julio de 1933*, Santiago, 1933, pp. 46- 61.

su participación en la dirección nacional del partido, la crítica implacable a sus dirigentes, la formación de sus cuadros, la redacción y/o revisión de sus principales documentos públicos, la colaboración en sus órganos de prensa y la distribución de la ayuda financiera— la estricta aplicación de las políticas derivadas de los análisis del “tercer período”, hasta entonces línea oficial de la Internacional.

4. EL GRAN VIRAJE FRENTEPOPULISTA (1935-1938)

En el segundo semestre de 1934, las instancias dirigentes del Komintern entraron en un proceso de deliberación que desembocaría un año más tarde en el abandono de las políticas sectarias de “clase contra clase”, y su sustitución por una política de amplias alianzas antifascistas —o de Frente Popular— que se consagraría en su VII Congreso en el verano septentrional de 1935. La Tercera Conferencia de partidos comunistas latinoamericanos realizada en Moscú en octubre de 1934 marcó una primera inflexión, revelando múltiples resistencias y contradicciones en distintos partidos del subcontinente y en el seno de los propios organismos centrales komintereanos.²⁵ A fin de imponer la nueva orientación en gestación al partido chileno —cuya importancia crecía en el juicio de los dirigentes komintereanos— el BSA envió a Chile, en febrero de 1935, la más numerosa de sus delegaciones hasta esta fecha. Seis emisarios del Komintern y del Profintern, además de uno que otro visitante ocasional, intervinieron activamente en la definición de la línea, forzando las definiciones tácticas que adoptaron los dirigentes del PCCh. En su adopción e implementación, el más influyente fue, sin duda, el Secretario General del Partido Comunista del Perú Eudocio Ravines (“Jorge”, “Pacífico”, “Montero”), jefe de la delegación. También jugó un rol fundamental en la elaboración de la nueva política sindical, el venezolano Ricardo Arturo Martínez (“Cabezón”, “A. Montes”, etc.), emisario de la fracción de la ISR al interior del CSLA. Ambos personeros, ante la ausencia de los dos

25 Esta reunión no trató la cuestión chilena, solo se mencionó como ejemplo en el marco de análisis generales sobre la situación del continente. No se conoce registro de participación de delegados directos del Partido Comunista de Chile. Un detallado análisis de sus debates ha sido realizado por Andrey Schelchkov. Como bien sostiene este historiador, la política de frentes populares fue una consecuencia lógica de la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, del abandono de la idea de la revolución mundial y de sumisión del movimiento comunista internacional a la política internacional soviética. La nueva orientación debía, necesariamente, minar las bases de la existencia de la burocracia komintereana representada en esta región del planeta por el BSA y los dirigentes comunistas argentinos (Schelchkov 1-22).

principales dirigentes chilenos, el secretario general del PCCh, Carlos Contreras Labarca (se encontraba en Moscú), y el secretario general de la FOCH, Elías Lafertte (se hallaba en Buenos Aires), pesaron de manera decisiva en el viraje del partido chileno en 1935. Otros integrantes de la delegación eran Fritz Glaubauf, uno de los fundadores del Partido Comunista austriaco, profesor de la Academia Leninista; Manuel Cazón (seudónimo de Jan Jolles, un comunista holandés de nacimiento, avecindado en Argentina a los 17 años de edad, hijo de un catedrático nazi de la Universidad de Bonn); el ruso Kazanov (“Casanova”), quien solo interactuaba con los emisarios extranjeros; y “Marcucci” (David Maggione), de la juventud comunista italiana, “verdadero comisario político de la delegación”, según el testimonio de Ravines (268).²⁶

El vuelco frentepopulista chileno a mediados de la década de 1930 fue condicionado por la compleja relación entre el Komintern y el PCCh que, por esta época, se tradujo en una virtual imposición de la nueva línea a los dirigentes chilenos, aún aferrados en muchos aspectos a las concepciones del período de “clase contra clase”. Cabe señalar que, hasta comienzos de 1935, tanto los líderes del PCCh como uno de los emisarios komintereanos presentes en Chile, el uruguayo Luis Alberto Fierro (“Horacio”), delegado del KIM, en sus informes a la III Internacional seguían proyectando una imagen mitificada del rol del partido en el reciente levantamiento campesino de Ranquil, y alentaban expectativas de prontas insurrecciones victoriosas bajo la dirección comunista, de acuerdo con la retórica del “tercer período” (Ulianova, “Ránquil”). No

26 Interesantes reseñas biográficas y datos sobre la estadía en Chile de los integrantes de esta misión komintereana se encuentran en el artículo de Olga Ulianova, “Develando un mito”. Ulianova menciona también a “Juan” o “Witold Lovski” (seudónimos de Mendel Mijrovsky), judío-polaco, quien estuvo en períodos breves en Chile hacia 1935-1936. Glaubauf fue detenido a comienzos de septiembre de 1935 por la policía chilena, siendo sindicado como profesor de “táctica comunista” o encargado de los cursos de capacitación del Partido Comunista de Chile. Luego de condenado por la Justicia, fue expulsado del país (137-140 y 144). La detención de Glaubauf fue ampliamente cubierta por la prensa de la época. Véase, entre otros, “Emisario y dinero del soviét en Chile”, *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de septiembre de 1935; “Organización comunista fue descubierta en la capital”, *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de septiembre de 1935; “La agitación social reciente era incubada en un foco comunista de esta capital”, *El Mercurio*, Santiago, 11 de septiembre de 1935; “Confirmó ayer la Corte de Apelaciones sentencia contra procesados comunistas”, *El Mercurio*, Santiago, 12 de octubre de 1935. Cf. “Federico Glaubauf nos escribe”, en *Principios*, no. 5, Santiago, noviembre de 1935, p. 37. La escuela de cuadros que Glaubauf instaló en Santiago de Chile por cuenta del Komintern, tuvo una dimensión sudamericana puesto que además de los alumnos chilenos participaron algunos brasileños, peruanos, paraguayos y bolivianos. Fritz Glaubauf, “Mon travail à l’école d’Arceuil du Parti Communiste Français”, en *Cahiers de l’Institut Maurice Thorez*, no. 7, Paris, 1974, p. 54, citado en Jeifets y Jeifets, *América Latina* 148.

obstante, las resistencias locales condicionaron la implementación de la flamante línea sindical y obligaron a adaptar el discurso komintereano. Otra fuente de tensión fue la relación entre los distintos órganos del movimiento comunista internacional que incidían en la definición e implementación de la política del PCCh, en particular, los integrantes del Buró Sudamericano del Komintern (BSA) y los miembros de la ISR que actuaban como fracción comunista en el Comité Ejecutivo de la CSLA. Las fuertes tiranteces entre sus respectivos representantes en Chile –Ravines (BSA) y Martínez (ISR/CSLA)– deben explicarse no solo como el choque entre dos personas de fuerte carácter, sino también por conflictos jurisdiccionales entre organismos del movimiento comunista internacional que en ciertos momentos dejaron traslucir importantes diferencias tácticas, además de una lucha por la legitimidad y el poder en el seno de la institucionalidad komintereana. Por último, la nueva política comunista chilena, a mediados de los años treinta, habría estado condicionada –según Alfonso Salgado y Ximena Urtubia– por la posición subjetiva y la experiencia sindical de los encargados de la FOCH, cuestión que habría generado algunas diferencias importantes con los dirigentes del PCCh respecto de la profundidad, ritmo y alcances del giro táctico impulsado por la Internacional Comunista (Salgado y Urtubia 57-85).

Desde su llegada a Chile en febrero de 1935, Ravines se empeñó de manera agresiva en impulsar el cambio de orientación del Partido Comunista chileno, lo que le valió, prontamente, la animosidad de sus camaradas chilenos, reticentes a un viraje tan radical como el que proponía el emisario de la Internacional. Según el peruano, dos obstáculos mayores se interponían para la implementación del viraje táctico en el ámbito sindical: la realización de la unidad dentro de la FOCH y la ruptura con el sindicalismo legal. Conforme a su parecer, la pretensión de los comunistas chilenos de lograr la unidad de la clase obrera al interior de la estructura orgánica de la FOCH impedía avanzar de manera decidida hacia el objetivo unitario. Por otra parte, el ahínco de los fochistas en destruir a los sindicatos legales, más que en ponerse a su cabeza, constituía –a su parecer– un error mayúsculo. Ravines postulaba que había que aprovechar los aspectos positivos del Código del Trabajo, en vez de combatirlo globalmente, como seguían haciéndolo los dirigentes fochistas, coincidiendo en ello con el ataque patronal a la legislación social. Los responsables del partido chileno –explicaba este emisario a sus enlaces komintereanos– falsificaban las nuevas orientaciones, las adulteraban y desfiguraban, aferrándose a la línea sectaria que los mismos responsables del BSA les habían inculcado hasta poco antes de la llegada del peruano. Evidentemente, este omitía señalar la responsabilidad del BSA, achacando toda la culpa a los dirigentes del PCCh.

Las fuentes comunistas chilenas permiten confirmar algunas de estas aseveraciones, en particular la posición frente al sindicalismo legal. El 5 de febrero de 1935, coincidiendo casi exactamente con la llegada a Chile de los emisarios de la Internacional, Elías Lafertte envió una nota a la Confederación Nacional de Sindicatos Legales (CNSL), a nombre de la Junta Ejecutiva de la FOCH, proponiéndole que, en la próxima Convención de los sindicatos legales a inaugurarse por aquellos días, acordara “el rompimiento definitivo con el sindicalismo estatal” para, luego, plantearse “la realización de la Unidad de toda la clase obrera en una sola y poderosa Central Sindical”. Para ello, debía formarse un comité de unidad compuesto por delegados nombrados por la Convención legalista más los representantes de otras organizaciones sindicales, encargado de organizar y realizar un gran congreso de unidad. Aunque el lenguaje empleado en este documento distaba bastante de las diatribas habituales –pues trataba de “camaradas” a los dirigentes “legalistas” y les brindaba “saludos fraternales”– la pretensión de que la organización rival abandonara su rasgo principal –el sindicalismo legal– es reveladora de lo arraigada que estaba en las filas del comunismo chileno su combate al sindicalismo prohiado por el Estado.²⁷

Por otra parte, Ravines estimaba que, si bien la FOCH tenía un pasado glorioso, se hallaba en un estado deplorable, lo que hacía aconsejable su liquidación para dar paso a un organismo amplio, unitario. Estos juicios no eran compartidos por los responsables del CSLA ni por Martínez, su delegado en Chile, quienes se alinearon con los dirigentes de la FOCH, recomendando el fortalecimiento de sus organismos y de su influencia. En abril de 1935 la polémica alcanzó gran virulencia. El BSA acabó tomando partido por el CSLA, obligando a Ravines a retractarse. El objetivo, explicó el organismo dirigente del Komintern en Sudamérica, no consistía en disolver la FOCH, sino en ligarla con los sindicatos legales (Salgado y Urtubia).²⁸ Los cuadros chilenos, en cambio, seguían percibiendo a su central sindical como el organismo en torno al que debía realizarse la unidad.²⁹

27 “Por la unidad obrera, la FOCH da un paso decisivo y trascendental”, *Frente Único*, Santiago, segunda semana de febrero de 1935.

28 La disputa entre Ravines y Martínez ha sido reconstruida por estos autores, basándose principalmente en documentos que fueron adjuntados al segundo volumen del dossier policial abierto por la policía civil de Río de Janeiro contra el emisario komintereano Arthur Ernest Ewert (“Harry Berger”), el 26 de diciembre de 1935, tras la fallida insurrección comunista del 23 de noviembre. Una copia fotostática de los documentos contenidos en dicho volumen fue enviada al Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, conservándose en: Boxes 4505-4506, Decimal File 1930-39 (DF 1930-39), Record Group 59 (RG59), National Archives and Records Administration, College Park (NARA II).

29 “La convención de los sindicatos legales”, *Frente Único*, Santiago, segunda semana de febrero de 1935.

Uno de los problemas planteados por el abrupto cambio de orientación dictado por la Internacional Comunista a través de su emisario Ravines, residía en su tentativa por aparentar continuidad en la línea, haciendo como si algunas orientaciones anteriores estuviesen en plena concordancia con el nuevo rumbo, cuestión que causó gran desagrado en algunos cuadros del partido chileno.³⁰ El secretario general de la Juventud Comunista, Luis Hernández Parker (“Sanfuentes”), afirmaría en una reunión del Secretariado Latinoamericano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista con representantes del PCCh, sostenida en octubre de 1935 en Moscú, que a pesar de que las modificaciones tácticas que Ravines se empeñó por introducir a partir de febrero del mismo año, fueron acogidas con gran entusiasmo por los militantes, “se producían vacilaciones por las contradicciones entre los nuevos planteamientos y los viejos planteamientos que no fueron criticados por la delegación y se consideraban correctos” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 144).

La resistencia al viraje en el seno del PCCh no tenía que ver únicamente con el tema sindical sino, igualmente, con otras cuestiones como las alianzas y la idea misma del Frente Popular. La concepción del Frente Único Proletario exclusivamente por la base, con prescindencia de alianzas o pactos con dirigentes de otros partidos y corrientes sindicales que competían con los comunistas, seguía profundamente arraigada en todas sus instancias. Simultáneamente a estas tensiones en el partido chileno, los organismos komintereanos en Sudamérica se enfrascaron en una polémica más importante que el destino de la FOCH, en relación con la actitud a asumir ante el sindicalismo legal. En este punto, tanto el BSA como Ravines coincidían en que había que cesar el ataque a los sindicatos legales y, puesto que los obreros no pensaban en abandonarlos y que estos organismos se volvían cada día más combativos, no solo era un deber de los comunistas trabajar en ellos, también había que tomar la iniciativa para crear nuevos sindicatos legales. El CSLA, por su parte, estimaba que, si bien estos sindicatos habían crecido y se manifestaban más combativos, ello se debía a la influencia de la FOCH. El BSA terminó imponiendo su autoridad sobre este punto y el CSLA debió contentarse con su victoria respecto del futuro de la FOCH (Salgado y Urtubia).

30 La animosidad entre Ravines y el secretario general del Partido Comunista de Chile Carlos Contreras Labarca, quedó consignada en distintas fuentes. Marta Vergara, por ejemplo, cuenta que este último sentía un odio “muy profundo” por Ravines, debido al zamarreo que el peruano hizo de la política aplicada en Chile antes de la política de Frente Popular (Vergara 143).

En todo caso, las presiones del Komintern sobre el PCCh para que este adoptara una orientación que difería en casi 180° de la que hasta poco antes le había dictado el mismo organismo, se conjugaban con la incipiente toma de conciencia por parte de los dirigentes chilenos acerca de algunas de las consecuencias negativas que había tenido la política de “clase contra clase” en su partido, quienes, de manera intuitiva, venían introduciendo algunos matices o inflexiones a esta línea antes del gran viraje del Komintern de 1935. Como sabemos, el PCCh se había dividido y debilitado; luego de la caída de la dictadura, la FOCH no había recuperado el poderío que había tenido hasta 1926; el sindicalismo legal se había fortalecido, creciendo en su seno la influencia de socialistas e hidalguistas. Por otra parte, el Partido Socialista (PS), fundado en abril de 1933, se había convertido en la principal fuerza de izquierda, arrebatando a los comunistas el lugar preeminente que habían ocupado en la década anterior.³¹ Los magros resultados del PCCh en las elecciones de 1931 y 1932 evidenciaron, una vez más, la debilidad de la política de “clase contra clase”. El partido carecía de aliados con excepción de casos puntuales; su aislamiento era casi total. A lo anterior, se sumaban las consecuencias de las duras políticas represivas desarrolladas por los gobiernos que sucedieron a la dictadura de Ibáñez (salvo la efímera “República Socialista” de apenas doce días de duración en junio de 1932) que afectaron al movimiento obrero y a los partidos de izquierda, especialmente al PCCh (Valdivia, *Subversión*), el estímulo indisimulado de la administración de Alessandri (1932-1938) a un cuerpo paramilitar de sesgo conservador, las “Milicias Republicanas” (Vial 278-295; Valdivia, *La milicia republicana*) y, para colmo de males, el ascenso del movimiento nacionalsocialista chileno que desarrollaba agresivas acciones contra los partidos de izquierda y las organizaciones sociales bajo su influencia (Valenzuela). Todo, enmarcado en las políticas de austeridad, para hacer frente a la Gran Depresión, implementadas por los gobiernos de Montero, Dávila y Alessandri (sin considerar otros más efímeros) que golpearon rudamente a los sectores populares.³²

El viraje se produjo pues, como resultado de la combinación y articulación virtuosa de todos estos factores, más la presión decisiva de los

31 Sobre la fundación y primeros tiempos del PS, véase, entre otros, Jobet 17-159; Drake 55-214.

32 El historiador Rolando Álvarez ha sostenido que “si bien el sectarismo dificultó el crecimiento del Partido Comunista de Chile en organismos sociales fue un factor decisivo para diferenciarse de los adversarios y, por tanto, un elemento identitario fundamental” que permitió la subsistencia de la organización durante un período particularmente difícil (Álvarez, “El Partido Comunista de Chile” 2017).

emisarios komintereanos, en particular Ravines. En su Pleno de abril, el PCCh definió a Alessandri como un agente del imperialismo apoyado por el bloque de la traición popular (el bloque liberal-conservador) compuesto por los partidos oficialistas y las milicias republicanas. De este análisis se desprendió la tarea de unir a todas las fuerzas que no participaban en el bloque gobiernista para derrocar a Alessandri y crear el Frente Popular, siendo fundamental para ello lograr el Frente Único con el PS. Asimismo, se definió la necesidad de ingresar al Block de Izquierda –coalición parlamentaria compuesta por el PS, el Partido Radical Socialista, el Partido Democrático y la Izquierda Comunista– y aislar a los ibañistas y trotskistas. En el plano sindical, esto significaba aceptar, de hecho, según observó en la reunión de Moscú el secretario general de la Juventud Comunista, la disolución de la FOCH, tan resistida durante buena parte de 1935 por los sindicalistas del partido (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 144-157).

El cambio fue sorprendentemente rápido. En menos de un año, los principales “lastres” izquierdistas habían desaparecido en el discurso y acción práctica de los comunistas chilenos. La tesis de la alianza obrera-campesina para la constitución de un gobierno revolucionario que impulsara las transformaciones antioligárquicas y antiimperialistas en *perspectiva socialista*, fue sustituida por la fórmula de una amplia alianza democrática de contenido igualmente antioligárquico y antiimperialista, con prescindencia de los objetivos socialistas, relegados a una aspiración irrenunciable, pero sin horizonte definido. La majadera insistencia en que la unidad sindical debía concretarse exclusivamente por la base y en torno a la FOCH, fue sustituida por una política unitaria a todos los niveles, que incluía la perspectiva de disolución de la central sindical comunista en aras de la constitución de una confederación sindical única que agrupara a todas las corrientes y expresiones sindicales, abarcando al sindicalismo legal, tan fuertemente resistido durante el período precedente. El PCCh pasó de un proceder que podría sintetizarse en la expresión banal “solo contra todos”, a una amplia política de alianzas antifascista, antiimperialista y antioligárquica, de acuerdo con las nuevas orientaciones del Komintern, incluyendo la alianza con los hasta entonces denostados socialistas y un partido burgués como el Radical.

La conformación definitiva del Frente Popular chileno durante el primer semestre de 1936³³ parece haber motivado a la Internacional Comunista a retirar de Chile a sus emisarios a mediados de año, quedando el PCCh sin

33 Sobre el Frente Popular chileno, véase entre otros, Drake 150-240; Moulian 23-55; Milos.

asesores komintereanos durante dos años hasta una nueva estadía de Ravines a partir de mediados de 1938. Esta decisión provocó cierto relajamiento en la relación entre este partido y la Internacional Comunista durante el segundo semestre de 1936. Las alarmas fueron encendidas en Moscú por un informe de Fierro (“Horacio”), emisario en Chile, quien desde el BSA envió a la capital soviética en enero de 1937 una proposición de resolución del Comité Ejecutivo del Komintern relativa a Chile, en la que junto con señalar una serie de errores y debilidades del partido chileno, se señalaba que este se encontraba “en una situación anormal ante la Internacional Comunista, desde el punto de vista de las relaciones”, debido a su carencia de representación asignada ante el órgano dirigente, agregando que desde hacía más de un año las direcciones postales habían sido anuladas y desde entonces no existían relaciones entre el BSA y el PCCh, traducándose en falta absoluta de informes y materiales de este partido en el BSA, con una contraparte equivalente de ausencia de envío de materiales desde este organismo al partido trasandino. La medida propuesta por Fierro para solucionar estos problemas fue la convocatoria a Moscú de dos altos dirigentes chilenos, siendo uno de ellos su secretario general (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 359-360).³⁴ La visión de un PCCh desligado del BSA fue remachada por Fierro pocos días más tarde en un reporte sobre las recientes elecciones parlamentarias chilenas enviado al CE de la Internacional Comunista. En él se atribuía parte de los malos resultados obtenidos por el Frente Popular a la supuesta política de “reconciliación con los trotskistas” practicada durante un año por los comunistas de ese país, una “política nefasta” que los encargados del BSA habían podido detectar solo a través de las escasas publicaciones recibidas, pero que no habían podido ayudar a emendar, “aunque sea con algunas indicaciones, por la ausencia completa de comunicación con el Partido Comunista” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 361-363).

Si bien la proposición de “Horacio” llegó a destiempo, pues Galo González ya se encontraba en la capital soviética desde febrero rindiendo detallada cuenta de la marcha de su partido ante las instancias superiores de la Internacional Comunista (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 351-367), la existencia de este documento permite apreciar el desajuste y falta de coordinación que se produjo entre el Comité Ejecutivo, el Lender Latinoamericano, el BSA y el PCCh luego de que la delegación encabezada por Ravines abandonara el

34 El mismo “Horacio” insiste en otro de sus informes escrito por aquellos días en la inexistencia de contactos con el Partido Comunista de Chile durante aproximadamente un año (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 365-367).

país a mediados de 1936. Situación que fue ratificada por el propio González en su informe al señalar que las relaciones con los partidos hermanos y el Komintern eran prácticamente nulas y estaban “casi cortadas” con el PCA, conservando contactos con refugiados comunistas peruanos, ecuatorianos y bolivianos, mas no con los partidos propiamente tales. Galo González precisó que con los partidos de México y Colombia se habían tenido relaciones con ocasión del exilio de dirigentes chilenos y que con los partidos de Brasil y Uruguay no existía relación alguna. Solamente con el partido estadounidense se mantenía un contacto a través de Martínez, el exdelegado del Profintern en Chile, a la sazón residente en los Estados Unidos. Con la Internacional Comunista no había existido vínculo directo desde hacía dos años, cuando el secretario general del PCCh había estado en la Unión Soviética (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 357-358).

El control estrecho del PCCh por el Komintern parece haberse normalizado luego de la estadía de González en la Unión Soviética. Algunos meses más tarde, en agosto de 1937, el exemisario en Chile, Paulino González Alberdi (“Bernard”), elaboró en Moscú un informe sobre la “política de cuadros” del partido chileno en el que proponía —con ocasión de una próxima visita de una delegación de este partido— una serie de medidas de verificación de la composición de las direcciones partidarias en los diversos niveles, de su bloque parlamentario y de las fracciones sindicales, estudiantiles, etc.; de formación y promoción de cuadros, a la vez que de sanciones y aplicaciones de resoluciones de la Comisión Internacional de Control a otros militantes por su comportamiento frente a la policía (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 369-371). Profundizando las medidas de vigilancia en dirección de la evasiva sección chilena de la Internacional, “Bernard” estableció poco después la lista de temas que debería abordar el próximo Congreso del PCCh, precisando que quienes compusieran la delegación debían ser Carlos Contreras Labarca y Galo González, además de uno de sus mejores cuadros obreros, “capaz de opinar con independencia sobre la política y el estado del partido, y capaz de aprovechar las discusiones y de su trabajo cerca del CE de la Internacional Comunista para su desenvolvimiento y para estar en condiciones de jugar luego un papel mayor en la dirección del partido” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 373-374).

Confirmando el nuevo estrechamiento de los vínculos directos entre la dirección del Komintern y el PCCh, en noviembre del mismo año, con motivo del 20° aniversario de la revolución bolchevique, viajaron a Moscú Elías Lafertte, Galo González y Raúl Barra Silva,³⁵ permaneciendo en la Unión Soviética

35 Una breve nota biográfica de este dirigente en: Jeifets y Jeifets, *América Latina* 75.

hasta marzo de 1938. Durante este período se celebraron las acostumbradas reuniones entre los encargados de América Latina de la Internacional y los dirigentes chilenos, amén de la elaboración por parte de estos de completos informes sobre la situación económica, social y política del país, incluyendo, naturalmente el estado de desarrollo del partido y sus problemas (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 381-397 y 409-416). La “normalización” de las relaciones entre el “estado mayor de la revolución mundial” y “su partido chileno” era, al parecer, total. El PCCh no solo volvía a informar lo que hacía, sino que también sometía a consideración de las máximas instancias komintereanas sus planes de acción, como fue el caso de dos versiones sucesivas de una propuesta de Programa de Frente Popular enviadas a Gueorgui Dimitrov, presidente de la Internacional, en enero de 1938, para ser discutidas en una reunión del Secretariado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista consagrada especialmente a Chile, a la que concurrieron cuarenta y cinco altos dirigentes, incluyendo a los tres chilenos y a Eudocio Ravines. En esta reunión de los máximos responsables del Komintern se aprobaron tres proyectos: la resolución de la discusión, el Programa del Frente Popular y una resolución sobre la juventud (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 405-408, 417-420, 421-425, 427-428 y 443-444).

Poco después –hacia mediados de 1938– Ravines llegaría a Chile, de acuerdo con su propio testimonio, como representante del Komintern, con amplios poderes para dirigir la campaña electoral, concertar alianzas, contraer compromisos, designar o retirar candidatos del PCCh a senadores y diputados (Ravines, *La gran estafa* 382). No obstante, cabe consignar que la documentación de la Internacional disponible hasta ahora no registra intercambios epistolares con este enviado en su segunda estadía en Chile. Si damos fe a un informe confidencial para el Komintern redactado por Codovilla en Santiago en octubre de 1940, Ravines “arribó a Chile después de la discusión, en la cual participó en la casa [Moscú]”, luego de una conversación que ambos sostuvieron en París, con “instrucciones exactas de viajar a Perú y trabajar ahí para reorganizar su partido y crear la dirección proletaria, con su apoyo político”. Sin embargo, debido a las dificultades para ingresar a Perú –sostuvo Codovilla– Ravines decidió quedarse en Chile y, utilizando su estadía en España y el viaje a la Unión Soviética, “se presentaba como un líder político importante, cercano a la dirección del partido chileno” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 657-685). Aunque existen numerosas fuentes que atestiguan sobre el trabajo del peruano en Chile entre 1938 y 1940, especialmente como director de facto del periódico *Frente*

Popular, todo parece indicar que –cualquiera fuese la causa precisa de esta nueva residencia en Santiago– su autoridad fue menor que en 1935 y 1936.³⁶

Igualmente, puede indicarse que el vínculo del PCCh con la Internacional volvió a debilitarse, esta vez no por culpa de los dirigentes chilenos, sino porque el equipo encargado de América Latina del Comité Ejecutivo de la Internacional tendía a convertirse, según Ulianova, cada vez más en una oficina informativa que intentaba mantenerse al tanto de los acontecimientos del continente. Debido a las purgas en la Unión Soviética, el aparato komintereano se debilitó, a lo que se habría sumado el desconocimiento de los funcionarios soviéticos de la realidad latinoamericana y el escaso interés que esta región del mundo siempre suscitó en la Internacional. En este contexto, los restos de las redes komintereanas en el continente habrían sido utilizados prioritariamente por los servicios de seguridad soviéticos para intentar asesinar a Trotsky, reduciéndose el trabajo informativo a los representantes de los partidos comunistas residentes en Moscú (Ulianova, “Develando un mito” 146-148).³⁷ El relajo orgánico de los vínculos entre el Komintern y “su sección chilena” se refleja en un informe elaborado por el organismo internacional sobre distintos tópicos de la coyuntura política del país sudamericano entre abril de 1938 y fines de 1939, pues se trata de un documento elaborado exclusivamente en base a informaciones de prensa en el que se reconoce explícitamente no tener

36 La gran importancia de este diario vespertino –un tiraje de 10.000 ejemplares en 1938, con perspectivas de crecimiento a 220.000 ejemplares, según fuentes komintereanas exageradamente optimistas– hace insostenible la versión de los dirigentes comunistas chilenos tratando de presentar a Ravines en su nueva estadía en el país como el resultado de una determinación meramente personal, ajena a una decisión de la Internacional. Las cifras del tiraje del periódico han sido tomadas de Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 469 y 470. El propio Galo González en su informe al IX Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile celebrado en septiembre de 1940 confirmó que hasta poco antes de su expulsión, Ravines había estado a la cabeza del vespertino *Frente Popular* (652). Luis Corvalán, quien sería un par de décadas más tarde secretario general del Partido Comunista de Chile, anotó en sus memorias que trabajó como jefe de Crónica de *Frente Popular*, cuyo director era Ravines. Según su versión, este se habría avecindado nuevamente en Chile para estar más cerca de su país (40-41). También se refirió brevemente a la nueva estadía del peruano en este país, Volodia Teitelboim, quien, siendo muy joven, a fines de los años treinta, fue nombrado miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, manteniéndose en este puesto durante más de cincuenta años. Según Teitelboim, “Ravines regresó a Chile y retomó sus funciones como si nada hubiera pasado”, agregando que estuvo a cargo de la preparación de un nuevo periódico (75).

37 La falta de conocimiento de los enviados europeos de la Internacional sobre América Latina y Chile en particular quedó registrada en numerosos testimonios de dirigentes comunistas criollos. Volodia Teitelboim escribiría casi al final de su vida que “la característica de los agentes [del Komintern] era su desconocimiento de la región y del país donde operaban”, agregando de manera mordaz que “quizá esto no tenía demasiada importancia porque su misión fundamental era transmitir la línea general y asegurar la ortodoxia” (Teitelboim 78).

noticias directas de eventos tan importantes como el X y el XI Congresos del PCCh realizados en abril de 1938 y diciembre de 1939, respectivamente (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 481-494).³⁸ Los únicos representantes de partidos hermanos presentes en este último evento fueron el argentino Floridor Moretti, el uruguayo Eugenio Gómez, quien era diputado y secretario general de su partido, además de Eudocio Ravines, presentado como delegado del Partido Comunista del Perú, pero integrado, de hecho, en el PCCh.³⁹ No hubo, al parecer, ningún representante de la Internacional Comunista venido del centro moscovita, y los rioplatenses actuaron, a diferencia de ocasiones anteriores, solamente en tanto delegados de sus partidos, puesto que el BSA ya no existía.

Las relaciones del partido chileno con sus pares latinoamericanos y con las estructuras komintereanas parecen haberse comenzado a regularizar a partir del Congreso del Partido Comunista de México realizado en abril de 1940, evento que congregó a representantes de diversos partidos comunistas, entre ellos al chileno Raúl Barra Silva, quien presentó un informe sobre la situación de su país que fue discutido con sus homólogos latinoamericanos y europeos (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 515-538). Si bien durante algunos meses la estructura central del Komintern asentada en Moscú continuó elaborando informes sobre el PCCh, principalmente en base a informaciones de prensa o enviadas por los dirigentes chilenos (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 539-568), su conocimiento de la situación era considerado insuficiente por los encargados de seguir y orientar al partido chileno en la Internacional. Hacia mayo de 1940, uno de estos funcionarios escribía en un informe que desde la realización del XI Congreso del PCCh –diciembre del año precedente– no habían recibido “sino informaciones dispersas en el diario ‘Frente Popular’, un ejemplar del ‘Boletín de Orientación’ del Comité Central del mes de noviembre, y una procura con el informe del camarada Chacón sobre el problema agrario” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 559).

Empero, en la primavera austral del mismo año, poco después del asesinato de Trotsky, el Komintern volvió a ejercer un control tan férreo sobre “su sección chilena” como el que había hecho gala en tiempos anteriores.

38 Documentos posteriores elaborados en 1940, probablemente en Moscú, por funcionarios de la Internacional, siguen reflejando la falta de contactos con el partido chileno. Véase, a modo de ejemplo, Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 511-513

39 Carlos Contreras Labarca, *Por la paz, por nuevas victorias del Frente Popular. Informe ante el XI Congreso del Partido Comunista de Chile, el 21 de diciembre de 1939*, Santiago, Prensas de la Editorial Ercilla, 1939, p. 4. Sobre Moretti y Gómez, véase Jeifets y Jeifets, *América Latina* 488-40 y 282-284, respectivamente.

El IX Pleno del Comité Central del PCCh realizado en Santiago entre el 29 de septiembre y el 4 de octubre de 1940 contó con la participación de los delegados de los partidos comunistas de Argentina (Álvarez y Moretti), del Uruguay (Gómez) y del Paraguay (Alcázar), además del enviado del Komintern Vittorio Codovilla, quien había llegado poco antes desde México, donde había jugado un papel clave en la purga del partido comunista de ese país.⁴⁰ Codovilla incidió de manera decisiva en una nueva evolución del partido chileno, esta vez a un estalinismo más duro en su funcionamiento interno y en un giro crítico respecto del Frente Popular, según la política komintereana derivada del pacto germano-soviético concluido un año antes.⁴¹ La prohibición de la pertenencia de los militantes comunistas a la masonería, la expulsión del diputado Marcos Chamúdez, una de las principales figuras públicas del partido durante la década de 1930, acusado de “ser el exponente más abyecto de la depravación, de la corrupción, de la felonía y de la duplicidad”, sin más precisión sobre sus supuestos crímenes políticos, además de un nuevo énfasis en la “proletarización” de los órganos dirigentes del partido y de los llamados a “mayor vigilancia revolucionaria”, fueron algunas de las medidas que dieron la tónica de la creciente rigidez ideológica del PCCh y su renovado control por el Komintern (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 569-589, 591-606 y 600-655). Un mes más tarde, Codovilla elevaría un detallado informe confidencial a la “Casa” moscovita sobre la situación de los partidos comunistas latinoamericanos en los que dedicaría largos pasajes referidos al partido chileno, señalando sus grandes logros, pero también sus “errores oportunistas”, las “desviaciones” y “debilidades” de algunos de sus dirigentes,

40 Según Ravines, poco después de Codovilla (o por los mismos días) llegó a Chile una delegación del Komintern encabezada por “Pierre” e integrada por un comunista estadounidense apodado “Jimmy”, el tunecino Nemo y el estudiante paraguayo Óscar Creydt [Kreidt], quien oficiaba de ayudante del ítalo-argentino. El peruano habría sostenido en Santiago ásperas discusiones con Codovilla, “Pierre”, Jimmy y Nemo, justo antes de su abandono de las filas del movimiento comunista internacional (422-436). Pareciera ser que, por aquella época, habría desarrollado un activo trabajo en el Partido Comunista de Chile el dirigente comunista español Fernando Claudín. Esta suposición se basa en las menciones que Codovilla hace a “13°” (Claudín), sin precisar si su labor militante se realizó en tanto miembro de la delegación del Komintern o como refugiado político de un partido hermano incorporado al Partido Comunista de Chile (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 664 y 680). Los nombres de los delegados de los partidos latinoamericanos asistentes al IX Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, aparecen en un informe del dirigente chileno Andrés Escobar, presentado al Komintern en Moscú en marzo de 1941 (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 730).

41 Sin embargo, como sostiene María Soledad Gómez, “a pesar de que el pacto germano-soviético contradecía el fundamento político del Frente Popular en Europa, el Partido Comunista local reafirma su fe en el Frente Popular” (Gómez 74).

calificando como “muy satisfactorio” el Pleno del Comité Central en el que él mismo había jugado un rol protagónico detrás de las bambalinas (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 657-685).

Algunos meses después, confirmando el remozado vínculo entre la Internacional y el partido chileno, el dirigente obrero Andrés Escobar,⁴² además de entregar un detallado informe en Moscú sobre la situación de su país y de su partido, recibió instrucciones precisas sobre el trabajo en diversos frentes y se entrevistó personalmente con Dimitrov en abril de 1941, signo inequívoco del nuevo estatus del PCCh en el seno del movimiento comunista internacional (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 709-735; Jeifets y Schelchkov 837-842).

5. CONCLUSIÓN

El carácter *sui generis* del PCCh estuvo presente desde su acta de nacimiento. La anomalía de su gestación se reflejó durante el primer lustro de vida en una insólita relación con el organismo internacional que constituía el faro y comando central del movimiento comunista internacional. El partido de Recabarren vivió sus primeros tiempos ensimismado en sus tareas nacionales, sin por ello menguar su admiración y adhesión a la Revolución Rusa, al leninismo y a la III Internacional. Sin embargo, parafraseando a Olga Ulianova, podría sostenerse que al igual que la tierra de los soviets, para los comunistas chilenos, hasta mediados de los años 20, el Komintern era “un lugar más bien simbólico que real”. Esta percepción; la lejanía de Chile respecto de Moscú; el carácter “isleño” de la sociedad chilena, poco interesada por los acontecimientos que ocurren muy lejos de sus fronteras; la carencia de vínculos de los soviéticos en este país sudamericano; la seguridad en sí mismos de los comunistas criollos y otros factores asociados a los mencionados, redundaron en el laxo vínculo entre el PCCh y el “estado mayor de la revolución mundial”. Dicha laxitud fue garantía de autonomía.

No obstante, el Komintern no podía permitir que “su partido” más importante de la región latinoamericana escapara a su control. Desde 1926, el SSA se empeñó en “normalizar” su relación con el partido chileno. La dictadura de Ibáñez y el consiguiente debilitamiento del partido chileno ofrecieron las condiciones ideales para ello. La brutal intervención del SSA/BSA en los asuntos del PCCh a fin de imponer la “bolchevización” y las políticas del “tercer

42 Sobre este cuadro comunista, véase: Jeifets y Jeifets, *América Latina* 212-213.

período”, provocaron la división de este partido, su aislamiento político, la sustitución de muchos elementos de su cultura política (Urtubia), la génesis de su inveterada tendencia a aprobar de manera acrítica la política internacional de la Unión Soviética⁴³ y, sobre todo, en la perspectiva de este estudio, su control total por la Internacional.

El brusco giro frentepopulista del Komintern a mediados de la década de 1930 supuso, al igual que en todo el mundo, que los comunistas chilenos desecharan la nefasta política de “clase contra clase” por una de amplias alianzas antifascistas, incluso con sectores de la “burguesía nacional”. Sin entrar en la discusión acerca de si esta nueva orientación significó la claudicación de los objetivos revolucionarios y su sustitución por prácticas de conciliación de clases, lo cierto es que la estrategia de Frente Popular arrojó notables resultados para el PCCh: terminó su aislamiento, fue el motor de una alianza que logró conquistar el gobierno, su influencia creció en variados sectores sociales, incluso entre los intelectuales y las capas medias, a la vez que la militancia aumentó raudamente.

Cuando esto ocurrió, las relaciones entre el PCCh y el Komintern ya habían sido objeto de una “normalización” de acuerdo con los criterios del organismo internacional mediante la “bolchevización” del partido chileno, desarrollada en lo más sustancial entre 1927 y 1934. Sin embargo, la relación de dependencia política e ideológica en que ya se encontraba el PCCh respecto del Komintern y la Unión Soviética, la magnitud del cambio de orientación insinuado desde mediados de 1934 y confirmado por el VII Congreso de la Internacional en el verano europeo de 1935, provocó tensiones y contradicciones, tanto en el seno de la “sección chilena” (instruida desde fines de la década anterior en los supuestos de la política de “clase contra clase”) como entre esta y la Internacional, especialmente con sus emisarios llegados al país en febrero de 1935 para conducir al partido sudamericano por la vía de la nueva estrategia.

La toma de conciencia por parte de los dirigentes comunistas chilenos de su aislamiento político, más la ruda presión de los delegados komintereanos, especialmente Ravines, se tradujo en un vertiginoso cambio: en cuestión de pocos meses la retórica y acción sectaria de “clase contra clase” fue sustituida por la estrategia de Frente Popular. Este viraje fue el resultado de la combinación del anhelo de los dirigentes del PCCh de

43 La notable autonomía de los tiempos de Recabarren, “derivada de su historia misma, tan arraigada a la del país”, dio paso, según el decir de Volodia Teitelboim, a que la aprobación a toda la política internacional soviética se convirtiera “en una mala costumbre” (Teitelboim 144).

romper con su aislamiento y participar en la política institucionalizada con el hábito a la sumisión a la línea del Komintern y la renuncia a toda autonomía resultantes de la “bolchevización” del período anterior.

El rápido éxito de la nueva estrategia llevó a la Internacional Comunista a retirar, a mediados de 1936, la numerosa delegación que había “asesorado” al partido chileno, disminuyendo durante un tiempo la presión sobre sus dirigentes, quienes pudieron consagrarse, sin asesores ni imperativos de detallados informes periódicos al Komintern, a las tareas de construcción y desarrollo de la alianza frentepopulista y de su propia organización. La distensión relativa de los vínculos entre la Internacional y el PCCh habría permitido también a este último un mayor margen de autonomía en la aplicación de la nueva línea, al sustraerlo de las tensiones de las purgas en la Unión Soviética y de sus repercusiones en el aparato de la Internacional. Mas, prontamente, los lazos entre el PCCh y el Komintern serían objeto de una “normalización”, esta vez ya no por intermedio del BSA, sino mediante el contacto directo gracias a largas y frecuentes estadías de dirigentes chilenos en la Unión Soviética. La obsolescencia del BSA y los éxitos del PCCh facilitaron durante un tiempo esta relación directa en base a un reconocimiento de un estatus superior al que antes se le había otorgado por el CE del Komintern al partido chileno. El IX Pleno del Comité Central del PCCh, realizado a fin de septiembre y comienzos de octubre de 1940, marcó la consagración de este partido como el más fuerte de América Latina. En un informe sin firma sobre dicho pleno, redactado en Moscú entre enero y marzo de 1941, dirigido al italiano Palmiro Togliatti (“Ercoli”), a la sazón secretario del Comité Ejecutivo del Komintern, se afirmaba que los acuerdos del PCCh tenían una “significación continental”, puesto que “abrieron amplias perspectivas para la actividad cotidiana de los partidos comunistas de otros países latinoamericanos, ayudando considerablemente al establecimiento de la orientación política para los partidos hermanos de Uruguay, Argentina, Colombia, Cuba y otros” (Ulianova y Riquelme, *Tomo 3* 668-669).

En todo caso, esta extraordinaria valoración del partido chileno por los dirigentes del Komintern no había sido obstáculo para que, como parte de una ofensiva global por ejercer un control más férreo sobre “sus” partidos latinoamericanos luego de la firma del pacto germano soviético y del estallido de la Segunda Guerra Mundial, este organismo enviara nuevamente a Santiago

al experimentado Vittorio Codovilla⁴⁴ y otros emisarios komintereanos a dar un nuevo “giro de tuercas” al PCCh a fin de asegurar su total sintonía con la política de la Unión Soviética y de la propia Internacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, Rolando. “El Partido Comunista de Chile en la década de 1930: Entre ‘clase contra clase’ y el Frente Popular”. *Pacarina del Sur*, año 8, no. 31, Abril-junio de 2017. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492017000400233>
- Barnard, Andrew. *El Partido Comunista de Chile 1922-1947*. Ariadna Ediciones, 2017.
- Caballero, Manuel. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943*. Nueva Sociedad, 1987.
- Camarero, Hernán. “El Partido Comunista argentino y la revolución rusa en sus primeras décadas: vínculos e influencias”, inédito.
- . *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*. Sudamericana, 2017.
- Carr, E. H. *El ocaso de la Comintern 1930-1935*. Alianza Editorial, 1986.
- Contreras Tapia, Víctor. *Campesino y proletario*. Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1982.
- Corvalán, Luis. *De lo vivido y lo peleado. Memorias*. Lom Ediciones, 1997.
- Drake, Paul. *Socialismo y populismo. Chile 1936-1973*. Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, 1992.
- Flores, Jaime. *Un episodio en la historia social de Chile: 1934, Ránquil. Una revuelta campesina*. Tesis Magíster, Universidad de Santiago de Chile, 1993. <https://doi.org/10.5354/0716-3991.2008.777>
- Gómez, María Soledad. “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”. *Estudio multidisciplinario. El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, compilador Augusto Varas, 1988, pp. 65-139. <https://doi.org/10.26448/9789568416409.5>

44 La carencia de una buena biografía de Codovilla hace difícil seguir detalladamente la compleja –y a veces tortuosa– relación entre este cuadro del movimiento comunista internacional, de marcada obediencia prosoviética, y el PCCh, objeto de frecuentes, enérgicas y polémicas intervenciones de su parte. Volodia Teitelboim anotó en sus memorias que, a mediados de la década de 1940, luego de una estadía en prisión en su país, Codovilla encontró refugio en Chile, “donde permaneció un buen tiempo e intervino más de lo debido en la dirección del Partido [chileno]” (Teitelboim 191).

- Grez, Sergio. *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*. Lom Ediciones, 2011. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942012000100018>
- . “Un episodio de las políticas del ‘tercer período’ de la Internacional Comunista. Elecciones presidenciales en Chile. 1931”. *Historia*, vol. 48, no. 2, 2015, pp. 465-503. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942015000200003>
- . “Резкий поворот компартии Чили от политики «класс против класса» к Народному фронту (1928–1936)” “Gran viraje del Partido Comunista de Chile: de ‘clase contra clase’ al Frente Popular (1928-1936)”. *Российская революция 1917 года и ее место в истории XX века*. Editado por A. B. Torkunov y A. O. Chubarian, Editorial Ves Mir, 2018, pp. 328-338. <https://doi.org/10.18254/s0002156-0-1>
- Hacia la formación de un partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Comunista, realizada en julio de 1933*. Santiago, 1933.
- Hájek, Milos. *Historia de la Tercera Internacional*. Editorial Crítica, 1984.
- Jeifets, Víctor L. y Andrey A. Schelchkov. *Komintern y América Latina en documentos del Archivo de Moscú*. Academia de Ciencias de Rusia / Instituto de Historia Universal – Ariadna Ediciones, 2018.
- Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets. *América Latina en la Internacional Comunista. Diccionario biográfico*. Ariadna Ediciones, 2017. <https://doi.org/10.26448/9789568416393.2>
- Jeifets, Víctor y Lazar Jeifets. “La Comintern y la formación de militantes comunistas latinoamericanos”. *Izquierdas*, no. 31, Santiago, Diciembre de 2016, pp. 130-161. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492016000600130>
- Jobet, Julio César. *El Partido Socialista de Chile*. Tomo 1. Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.
- Kriegel, Annie. “La IIIe Internationale”. *Histoire générale du socialisme. 3. De 1918 à 1945*, dirección de Jacques Droz, Quadrige / Presses Universitaires de France, 1997. <https://doi.org/10.1086/ahr/81.1.101-a>
- Laferte, Elías. *Vida de un comunista*. Empresa Editora Austral, 1971.
- Leiva, Sebastián. “El Partido Comunista y el levantamiento de Ránquil”. *CyberHumanitatis*, no. 8, Santiago, Primavera de 2003. http://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D6781%2526ISID%253D374,00.html
- Milos, Pedro. *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. Lom Ediciones, 2008.

- Moulán, Tomás. *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. Lom Ediciones, 2006. <https://doi.org/10.5354/0716-1077.2006.17006>
- Palacios, Germán. *La violencia en la expansión de la propiedad agrícola*. Ediciones ICAL, 1992.
- Ravines, Eudocio. *La gran estafa. La penetración del Kremlin en Iberoamérica*. 15ª ed., Editorial Pueblos Libres de América.
- Rojas Flores, Jorge. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1993. <https://doi.org/10.2307/1008159>
- Salgado, Alfonso y Ximena Urtubia. “Del sindicalismo libre al sindicalismo legal. La Comintern y el viraje táctico del comunismo chileno”. *Izquierdas*, no. 39, Abril de 2018, pp. 57-85. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492018000200057>
- Schelchkov, Andrey. “El difícil cambio hacia el Frente Popular: la Tercera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en Moscú (1934)”. *Izquierdas*, no. 43, Diciembre de 2018, pp. 1-22. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492018000600001>
- Teitelboim, Volodia. *(Antes del olvido II) Un hombre de edad media*. Editorial Sudamericana, 1999.
- Ulianova, Olga. “Cuando los archivos hablaron. Evolución de la estructura organizativa, de la doctrina y línea política del Komintern a partir de sus archivos”. *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2005, tomo 1, pp. 15-90. <https://doi.org/10.4185/rllcs-2018-1276en>
- . “Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y el Komintern: 1922-1927”. *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2005, tomo 1, pp. 93-109. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492016000300007>
- . “El Partido Comunista chileno durante la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931): primera clandestinidad y ‘bolchevización’ estaliniana”. *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana –

- Lom Ediciones, 2005, pp. 215-248. <https://doi.org/10.15446/achsc.v42n1.51355>
- . “Crisis e ilusión revolucionaria. Partido Comunista de Chile y Comintern, 1931-1934”. *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, coordinadores Elvira Concheiro et al., Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, pp. 277-322.
- . “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”. *Historia*, n°41, vol. I, Enero-junio de 2008, pp. 99-164. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942008000100005>
- . “Entre el auge revolucionario y los abismos del sectarismo: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista en 1932-1933”. *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad, rebelión (1912-1994)*, editores Rolando Álvarez et al., Ediciones ICAL, 2008, pp. 59-90. <https://doi.org/10.5007/1807-1384.2013v10n1p131>
- . “Ránquil: campesinos e indígenas en el comunismo chileno al final del ‘tercer período’”. *Chile en los archivos soviéticos. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme, Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2008, pp. 413-453. <https://doi.org/10.1353/tam.2014.0106>
- Ulianova, Olga y Alfredo Riquelme, editores. *Chile en los archivos soviéticos. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931*. Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2005. <https://doi.org/10.1353/tam.2014.0106>
- . *Chile en los archivos soviéticos. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935*. Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2008. <https://doi.org/10.1353/tam.2014.0106>
- . *Chile en los archivos soviéticos. Tomo 3: Komintern y Chile 1935-1941*. Ediciones de la DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Lom Ediciones, 2017. <https://doi.org/10.1353/tam.2014.0106>
- Urtubia, Ximena. *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile. La transformación del militante tradicional (1924-1933)*. Ariadna Ediciones, 2017. <https://doi.org/10.26448/9789568416409.5>
- Valdivia, Verónica. *La milicia republicana. Los civiles en armas 1932-1936*. Dirección de Bibliotecas. Archivos y Museos – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1992.
- . *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Lom Ediciones, 2017.

- Valenzuela, Emiliano. *La generación fusilada. Memorias del naciismo chileno (1932-1938)*. Editorial Universitaria, 2017.
- Vega, Mariano. “¿Hidalguismo versus laferttismo? Crisis y disputa por la representación del comunismo en Chile, 1929-1933”, 1912-2012. *El siglo de los comunistas chilenos*, editores Olga Ulianova et al., Universidad de Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados, 2012, pp. 97-114. <https://doi.org/10.4067/s0718-23762016000100018>
- Vergara, Marta. *Memorias de una mujer irreverente*. Catalonia, 2013.
- Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973). Vol. V: De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*. Empresa Editora Zig-Zag, 2001.